



INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO ANDRÉS BELLO

TRABAJO DE GRADO MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

DANIEL FELIPE MARTÍNEZ GAMBOA

GLORIA, UNA ELEGIA

BOGOTÁ

2022

INSTITUTO CARO Y CUERVO

FACULTAD SEMINARIO

ANDRÉS BELLO

MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

GLORIA, UNA ELEGIA

DANIEL FELIPE MARTÍNEZ GAMBOA

TRABAJO DE GRADO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: MAESTRO EN  
ESCRITURA CREATIVA

DIRECTORA DEL TRABAJO DE GRADO: ANDREA SALGADO

BOGOTÁ

2022

<b>BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI</b>
<b>INFORMACIÓN DEL TRABAJO DE GRADO</b>
<b>1. TRABAJO DE GRADO REQUISITO PARA OPTAR AL TÍTULO DE: MAESTRO EN ESCRITURA CREATIVA</b>
<b>2. TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO: GLORIA, UNA ELEGÍA</b>

<b>3. SI AUTORIZO</b>	<input checked="" type="checkbox"/>	<b>NO AUTORIZO</b>	<input type="checkbox"/>
<b>A la biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:</b>			
<ul style="list-style-type: none"> <li>• Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como enredes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio la Facultad Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro y Cuervo.</li> <li>• Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para usos de finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.</li> <li>• Socialice la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo con la comunidad académica en general.</li> <li>• Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.</li> </ul>			
<p>De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, <b><i>“Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores”</i></b>, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su autor.</p>			

<b>IDENTIFICACIÓN DEL AUTOR</b>	
<b>Nombre completo:</b> <b>DANIEL FELIPE MARTÍNEZ GAMBOA</b>	<b>Documento de Identidad:</b> <b>CC: 1.018.452.376</b>
<b>Firma:</b> 	

FORMATO DESCRIPCIÓN DE TRABAJO DE GRADO

**AUTOR**

Apellidos	Nombres
MARTÍNEZ GAMBOA	DANIEL FELIPE

**DIRECTORA**

Apellidos	Nombres
SALGADO	ANDREA

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE:

MAESTRO EN ESCRITURA CREATIVA

TÍTULO DEL TRABAJO DE GRADO:

GLORIA, UNA ELEGÍA

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO:

MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA

CIUDAD: BOGOTÁ

AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO DE GRADO: 2022

NÚMERO DE PÁGINAS:

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones 0 Mapas 0 Retratos 0 Tablas, gráficos y diagramas 0  
Planos 0 Láminas 0 Fotografías 0

PREMIO O DISTINCIÓN: (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial)

## DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES:

ESPAÑOL	INGLÉS
Escritura creativa	Creative writing
Escritura del duelo	Grief writing
Elegía	Elegy
“Ars Moriendi” (El arte de morir)	“Ars Moriendi” (The art of dying)

## RESUMEN DEL CONTENIDO

La siguiente muestra de manuscrito literario está compuesta por distintos elementos. Por un lado, es resultado del proceso de duelo por la muerte de mi madre y por ello, toma la forma de un ensayo personal estructurado en fragmentos independientes, aunque relacionados. Al mismo tiempo, es fruto de un proceso de creación literaria que explora las distintas maneras en la que el duelo es experimentado. Para ello se presentan medios como los recuerdos, fantasías, sueños, legados, y otros tipos de pensamientos que en el contexto del duelo parecen entrecruzarse y dialogar, como los escenarios principales de las reflexiones en cada uno de los fragmentos.

Tratando de imitar esa multitud de perspectivas a través de las cuales el duelo puede ser observado, cada uno de los fragmentos busca acercarse a distintos géneros literarios y se enfoca en distintos ritos y elementos propios del proceso del duelo, cómo la enfermedad, la agonía, la muerte, la vigilia, el velorio, entre otros. Pese a estar en aparente desorden tanto en lo cronológico como en los tópicos tratados, el texto va hilando una reflexión principal en torno a la idea del buen morir. Así, el ensayo personal que parte del texto elegíaco y de la lamentación por la pérdida del ser amado va construyendo una exaltación de las características propias de la muerte de mi madre y por esa vía, de la muerte en general, como un proceso pendiente de ser dignificado en el contexto moderno de la industria médica y funeraria.

## ABSTRACT

The following literary manuscript sample is composed of different elements. On the one hand, it is the result of the mourning process for the death of my mother and therefore, it takes the form of a personal essay structured in independent, although related, fragments. At the same time, it is the result of a process of literary creation that explores the different ways in which the grief is experienced. For this, media such as memories, fantasies, dreams, legacies, and other types of thoughts, that in the context of mourning seem to intersect, are presented as the main scenarios of the reflections for each one of the fragments.

Trying to imitate that multitude of perspectives through which mourning can be observed, each of the fragments seeks to approach different literary genres and focuses on different rites and elements of the mourning process, such as illness, agony, death, vigil, wake, among others. Despite being in apparent disorder both chronologically and in the topics covered, the text weaves a main reflection around the idea of dying well. Thus, the personal essay that starts from the elegiac text and from the lamentation for the loss of the loved one builds an exaltation of the characteristics of my mother's death and, in this way, of death in general, as a process pending of be dignified in the modern context of the medical and funeral industry.

**Abril.**

**Ars Moriendi (Ensayo)**

Alguna vez alguien despierta en la hendidura entre un día y otro día o entre una noche y otra noche y, atónito, asiste al sinsentido, el inconmensurable absurdo de la existencia.

¿Acaso somos otra cosa que un ensamblaje de recuerdos?

el sentido lo da aquello que se reproduce dentro del mismo pliegue, las lágrimas que alcanzan el mismo surco.

Chantal Maillard (Alguna vez alguien despierta 69)

1.

Afortunadamente a la mayoría de ustedes se les va a morir la mamá. Algunos verán la pérdida como un desenlace, aunque triste, necesario, casi como un bálsamo cuyo efecto se llevará también los dolores, los achaques y la enfermedad. Ocurrirá después de haber tenido la fortuna de verla convertida en la abuela de sus hijos. A ustedes les tengo sana envidia. Para otros, como en mi caso, la muerte de la madre llegará temprano y sin aviso, como una condena injusta y absurda. Relegados a la misera oportunidad de poder estar junto a ella y contarse entre los que la verán partir. Si ya me siento bastante confundido con su muerte, no sé qué tan devastado estaría si no le hubiera sujetado la mano durante los días que precedieron a su partida.

Amanecer, día, atardecer, noche. Nacer, crecer, desarrollarse, morir. Desde la infancia aprendemos que la realidad nos viene en ciclos y que estos son inalterables. De todos ellos sabemos que el de la vida es el de mayor inmutabilidad; que ésta por más feliz y plena que sea, termina siempre en la muerte y que quizá en esa futilidad radica su belleza. Aprendemos de nuestros padres que, si tenemos suerte, veremos morir a nuestros mayores pues no dejan nunca de recordarlo, seguramente porque también ellos tuvieron que enterrar a los suyos y como nosotros, no van a poder olvidarlo.

También, con demasiado miedo como para reconocerlo, entendemos que no sabemos qué tanto va a doler la partida de aquellos que queremos; es fácil imaginarnos la muerte de un familiar o un ser querido, el shock de la noticia, las lágrimas en el hospital y el escándalo sobre el cajón; lo difícil es lo que no llegamos ni a imaginarnos. No sabemos lo mucho que nos van a doler ver sus fotos días después de del funeral, volver a escuchar sus notas de voz, encontrar esa prenda que le habíamos robado y no poder contarle ese chisme que, sabemos, le hubiera encantado oír.

Seguramente para aquellos que aún tienen a sus madres basta imaginar su ausencia para sentir en la boca del estómago el vacío enorme que dejará su partida. Por eso me pregunto, si la muerte en general y la de nuestros progenitores en particular, es una realidad de tanto peso, tan inescapable, ¿No deberíamos estar más acostumbrados? ¿Qué es eso que hace que nos duelan nuestros muertos cuando sabemos perfectamente que cada persona que vemos no le depara futuro diferente? ¿Con qué autoridad voy yo a escribirles sobre la muerte de la madre? ¿Cómo escribir sobre ello o por qué escribirlo siquiera?

Seguramente, la mayoría de ustedes comparte o compartirá conmigo una sensación contraevidente y es la idea de que mi madre, mi relación con ella y, por tanto, también su muerte, fueron todas experiencias irrepetibles. Encerrados en nuestros apartamentos, reclusos en medio de la pandemia, reducidos a la interacción mínima con los otros, tendemos a caer en el delirio de ver nuestra propia experiencia como única. Pero basta con imaginar siquiera la inmensidad abrumadora del colectivo humano, los miles de millones de madres en el mundo, o tan solo, ver los ojos de los familiares en la sala de velación vecina a la nuestra para entender la falsedad detrás de tal idea de excepcionalidad. No puedo entonces decir que escribo sobre mi madre porque hubiese algo único en nuestra relación, en su vida o en su partida, de la misma manera que no puedo escribir sobre una tierra plana por más que la vea cada mañana desde mi ventana.

Y es que no es solo por narrar mi experiencia que quiero dejar testimonio de lo vivido, lo que estoy escribiendo no es ni pretende ser un diario ni reporte ni un recuento cronológico, pues más que nada, busco compartir con los lectores, la serie caótica de sentimientos que afloraron en mí con el duelo de mi madre, un registro de sentimientos, para tratar de armar con ellos una constelación de mi dolor, que, como dije, en cierta medida puede ser también el dolor de todos, pues la muerte y la pérdida son una experiencia común que trasciende la ilusión de lo individual.

¿Qué significa compartir mi dolor? ¿Basta para ello un registro del dolor? Por ejemplo, cómo se pueden explicar cosas tan inasibles pero tan dicentes, como que físicamente no me dolía nada, pero a la vez tenía un dolor que podía sentir con todo el cuerpo. Quizá sin reconocer esas preguntas en un principio, inicié este ejercicio de escritura tratando de habitar de nuevo en mis recuerdos del dolor, en sus sinsentidos, en los delirios producidos por el duelo.

Decidí tramitar mi duelo tratando de ensamblar los recuerdos del mismo sin un orden específico. *¿Acaso somos otra cosa que un ensamblaje de recuerdos?* Se pregunta Chantal Maillard, traté de atrapar con palabras mis sentimientos en torno a la vida, la enfermedad, decaimiento, y muerte de mi madre. No solo porque los recuerdos transmiten el dolor, sino porque como ustedes saben o sabrán, el dolor de la partida no es otra cosa que la manifestación de un cariño que antes tuvo un cuerpo en quien ser depositado y ahora solo tiene recuerdos para habitar. Quizá escribo entonces para darle un nuevo cuerpo a aquel cariño que no se fue.

Cuando sus madres mueran tampoco se irá con ellas ese cariño, quizá esa es la marca que como un mismo pliegue nombra Chantal, *Las lágrimas que alcanzan el mismo surco*. En

mi caso, solo me queda eso de Gloria para compartir, un cariño que no se va y un dolor que no cesa. Quizá si el dolor es compartido vale la pena entonces compartir los recuerdos, pero los recuerdos son un vehículo frágil que padece muchas arremetidas del amor y la cursilería en el contexto del duelo. Sin un registro certero el tiempo amenaza con bruñir los detalles, dejando solo las formas del ayer en la mente, vulnerando entonces la fidelidad de lo vivido.

Puede que escriba para mantener a mi versión de Gloria en el papel, que es ahora el nuevo cuerpo de aquel cariño, pero quizá también escribo sobre Gloria porque así otras lágrimas en otros surcos mantendrán también vivos sus propios recuerdos; tal vez las lágrimas de ustedes, tal vez los recuerdos de nosotros. Escribo sobre mi madre por la misma razón que yo escribo en general, porque me asusta la inmensa nada que representa la muerte y el olvido, un miedo que no puede ser enfrentado de manera alguna pero que con ingenuidad trato de conjurar mediante el ínfimo testimonio escrito de que alguna vez tuve vida, alguna vez Gloria tuvo vida.

Quiero creer que ella en mi escritura tendrá vida más allá de mis recuerdos, y pese a todo esto que quiero creer, no dejo de encontrar en ello una paradoja: al escribir sobre mi madre no es ella la que queda en el papel sino una Gloria, que además no siempre es la misma, tal y como al escribir sobre mí no soy yo quien queda cifrado en mis líneas sino un Daniel. De la misma forma que el montón de cenizas en la cajita de lujo del armario no son ella pese a estar marcadas con su nombre y venir acompañadas de un certificado y un vídeo en DVD, que jamás veré, que garantiza que no me dieron las cenizas de algún otro finado.

Repito entonces lo dicho hasta ahora: escribo para recordar y para compartir la experiencia de mi dolor, que no es otra cosa que nuestro dolor. También porque al hacerlo mantengo vivo el cariño que tuve por mi madre al plasmar en letras a Gloria. Letras que hacen las veces de resistencia ante el hecho inamovible de su muerte, en la forma de un simple y pequeño testimonio de nuestro cariño que, no obstante, nos trasciende.

2.

Para mí, entender lo anterior fue fundamental para poder sentarme a escribir aquello que estaba sintiendo con la dedicación necesaria como para asumirlo como un trabajo artístico y, por lo tanto, como una creación que ameritaba un mínimo de atención al detalle, de rigurosidad y de método. De hecho, me enfrenté a varios momentos en el transcurso de su enfermedad en los que supe que pude haber registrado algo que sería valioso, pero al no haber comprendido el por qué, sencillamente no era capaz ni de recogerlo en una libreta.

Recuerdo una llamada que sostuve con un amigo (un escritor de esos que tienen suficiente estima como para autodenominarse) desde la cafetería exterior del Hospital Méderi. Lo

llamé solo para poder decirle a alguien sin pena que mi mamá moría, que me dolía y que ya sabía que no había nada que pudiera hacer. Aquella llamada, como las que en su momento sostendrán ustedes con sus amigos más cercanos, tampoco resolvió nada. pero en cambio, me caló profundo su consejo final, el cual, para fines dramáticos, me gusta imaginar que dijo antes de colgar: “Escríbelo todo”. La cagada fue que no me dijo por ni para qué y me tomó casi un mes más llegar solito a una respuesta que me bastara, a la idea de dejar vivo su cariño en el testimonio.

Sin embargo, debo reconocer que desconfío de esta idea tan prístina del testimonio porque son susceptibles a ser falseados, de la misma manera que es una Gloria y no mi madre, el personaje principal de este texto y es un Daniel y no yo el narrador del mismo. Los testimonios que componen estos extractos son solo destellos, instantes recogidos de mis recuerdos y muchos de ellos pobremente recordados, por lo que pueden desembocar fácilmente en el facilismo del mismo derroche de melancolía y de halagos del que están plagadas las lápidas en los cementerios.

Muchos de los elementos que quedan como testimonio de nuestra existencia, lo escrito, las fotos y los vídeos, son un reflejo tan inexacto de lo que fuimos como la basura cerámica es reflejo de lo que fueron las civilizaciones antiguas. Piezas inexactas, incompletas, sin contexto. Pero no por eso voy a dejar de escribir y no por eso deja de tener valor historiográfico la basura cerámica ancestral. Ese valor radica en su función de ventana, o de lente, a través del cual puede hacerse uno la idea de lo que fue sin tener que asumir por ello que lo que se observa a través del cristal es un reflejo exacto, pues no se puede olvidar la distorsión del cristal mismo que se interpone entre el observador y el objeto.

Me parece que, al elegir la escritura como herramienta para generar esos testimonios aparece una amplia gama de posibilidades para distorsionar a gusto del autor el reflejo que arroje ese cristal. Sea o no consciente quien escribe de la distorsión que elige. Así que, aunque reconozca que escribo para recordar y para compartir la experiencia de mí dolor, manteniendo vivo el cariño que tuve por mi madre, no puedo desconocer que hay una intención detrás de ese primer porqué. Creo que sobre todo en el contexto de la muerte del ser amado las intenciones pueden ser muchas y entrecruzarse. El perdón no pedido, la rabia, la resignación, el odio, el amor, múltiples fibras que combaten por ser protagonistas y dejar su marca distintiva plasmada para siempre en el recuerdo.

El duelo tiene la característica de nublar lo que se recuerda y por tanto lo que se escribe. Avanzar dejando de lado este hecho plantea el riesgo de desconocer la distorsión del cristal desde el que veo. Algo así como cuando el famoso astrónomo Percival Lowell registró con precisión los canales que vio en la superficie de Marte, tras mirar por horas a través de su telescopio, sin reconocer en los mapas que dibujaba el croquis característico de los vasos sanguíneos de su propio globo ocular. (Sheehan y A. Dobbins 99)

Así, al mirar lo que he escrito ahora que me encuentro a pocos días de cumplir el angustioso primer año de la partida de mi madre, la primera impresión que se me viene a la cabeza al repasar algunos de los extractos sigue siendo muy cercana a la que al comienzo

del proceso de escritura identificamos con mi tutora. Cuando establecimos que el texto sería “una serie de lamentos por lo hecho, por lo no hecho, por lo dicho, por lo no dicho; una serie de pequeñas culpas.” Afirmación que, a su vez, no se aleja demasiado de las primeras letras que escribí cuándo semanas después de su muerte comencé a hacerlo. “No quiero que esto sea sino un texto elegíaco, un conjunto de pensamientos y palabras que, pese a necesitar ser dichas, necesariamente se dijeron tarde y de haber sido dichas antes no sabrían igual”.

Y, aunque las palabras que se encuentran a continuación cumplen a cabalidad con esos dos objetivos, no se reducen solo a eso porque esconden también un propósito que, aunque ahora me es claro, no ha quedado patente aún y del cual creo que yo mismo no era consciente al comienzo de la redacción. El orgullo, un orgullo por la forma en que la protagonista vivió la parte de su vida de la que su hijo, el narrador, fue testigo y, sobre todo, un orgullo por la forma en que, de manera mucho más consciente de lo que me gustaría aceptar, ella recibió a la muerte.

La forma en que mi madre se desenvolvió ante la inminente llegada de su muerte me resulta, además de un conjunto de recuerdos sumamente dolorosos, un objeto de intriga y de veneración. La enfermedad que la mató fue rápida, desgastante y humillante, pero pese a ello, ella recibió a la muerte con excepcional gallardía. Por eso, aun cuando mis recuerdos están habitados por la derrota, el debilitamiento y la quietud de la enferma, por la frustración frente al contexto médico, al conocimiento y al acceso a alternativas que no le fueron suficientes, por su fragilidad, su ausencia de movilidad, su afasia y su memoria reducida, esos recuerdos están también habitados por el orgullo.

Todo ese contexto desagradable propio del decaimiento no fue suficiente para quitarnos, a quienes presenciamos el deceso de mi madre, la sensación de que asistimos a una función con un guion cuidadosamente dirigido. La sobreviviente de cáncer que decidió no volver a luchar; la enfermera profesional que decidió no morir en el cuarto de un hospital, la convaleciente que increpó a las visitas con miradas acuciantes solicitando los últimos avances sobre su propia muerte.

En todo momento y pese a su propio sufrimiento, vivimos la manera en que mi mamá fue tejiendo, con la misma paciencia y puntadas medidas que practicó toda la vida, un proceso de muerte a su medida. Logrando así, en últimas, un hito digno de ser envidiado; una muerte bella y propia, su *ars moriendi*.

Logró una muerte bella en la medida en que moldeó acorde a sus propios valores su partida, superó la imposición de una forma de morir aséptica, intrahospitalaria y reservada, se rehusó con valentía a pasar si quiera un minuto como una bolsa negra en una nevera gigante de un hospital pese a ser directiva de uno donde pudieron tratarla acorde a sus caprichos y defendió aún sobre su propia salud y su dolor, su intención de morir en casa, rodeada de los suyos y bajo sus propios términos.

Mientras en medio de su convalecencia perdía el control sobre sus funciones motoras, perdía la vitalidad y la coherencia, su terca obsesión por morir en sus términos la librada de

convertirse en un despojo hospitalario más. Son muchas las voces que señalan como al entrar al sistema médico y al funerario se configura algo que se puede llamar como la deshumanización del enfermo y luego la del muerto. Sin duda ella misma había percibido en su trabajo aquella perversión discursiva y metódica atacando a sus propios pacientes a lo largo de los años y quizá por ello se resistió a engrosar esas cifras.

Siendo sobreviviente de cáncer y heredera de una larga línea familiar de mujeres muertas por ese mismo mal, seguramente sintió mucho antes que su especialista la naturaleza nefasta del diagnóstico que le esperaba. En mis recuerdos más cercanos a su muerte ubico en la muy real y detestable lentitud del sistema de salud colombiano al responsable de la demora en su diagnóstico, pero el tiempo y la distancia me lleva a preguntarme también en el porqué de la demora con que ella decidió hacerse revisar, ella a quien tan solo tocar la puerta vecina a su oficina le hubiera valido acceder a cualquier examen que deseara desde el momento mismo en qué comenzó a sentir síntomas extraños.

Ni bien empecé la lectura de *Desmorir* de Anne Boyer me pareció encontrar al menos una parte de la respuesta al porqué de la demora de mi madre en la búsqueda de un diagnóstico, Boyer le haya un sentido muy amargo al concepto de liberación, al relacionar el diagnóstico con la adivinación, en la medida en que ambas prácticas sacan o liberan un elemento del sistema al que originalmente pertenece para ponerlo en otro, con lo que en últimas lo estarían desnaturalizando, al respecto relata la autora:

Para un adivino, los pájaros que vuelan al norte deletrean la felicidad de mañana y las hojas de té cuentan una historia sobre dos amantes y la tercera persona que será su perdición. Después de eso, el vuelo de los pájaros ha sido liberado del significado <<migración>> y, cuando se ha convertido en un relato sobre el futuro final de los amantes, el té ya no es algo que queramos beber. (21)

“Como los pájaros que han sido liberados del contenido de su vuelo y como el té liberado, una persona que recibe el diagnóstico se ve liberada de lo que alguna vez pensó que era.” (22) Quizá de esa liberación perversa, es de lo que buscaba escapar mi madre al alargar en el tiempo la búsqueda de un diagnóstico especializado a sus dolencias.

Y, así como Boyer denuncia un proceso de deshumanización, en las etapas tempranas del diagnóstico de mi madre no me faltaron lecturas señalando ese mismo elemento perverso incluso de manera posterior a la muerte. Sobre la enfermedad y la doble tristeza de una muerte invisible y alejada de nuestros amados el cirujano Sherwin Nuland en su texto *¿Cómo morimos? Reflexiones sobre el último capítulo de la vida*, revela un sistema médico que en su ansia por preservar la vida termina desconociendo la inevitabilidad de la muerte y con ello, nos aleja de la posibilidad de una muerte bella, porque como sociedad nos hemos empecinado en evadirla y alejarnos de ella “por el mismo hecho de intentar ocultarla y esterilizarla –y especialmente– impedirle, lo que da lugar a las escenas de lecho de muerte que se producen en lugares tan especializados y ocultos como las unidades de cuidados intensivos, las unidades de investigación oncológica y las salas de urgencia.” (Nuland 16)

Otras voces señalan como parece que ni muertos están nuestros despojos ajenos a la deshumanización. Encontré en *Six Feet Under* de Andrea Salgado; quien fue la tutora de mi tesis de grado, el análisis de la obra *El Enterrador: la vida vista desde el oficio fúnebre* de Thomas Lynch. En dicho análisis la autora escribe:

Las funerarias, siguiendo la lógica del escritor, son como los inodoros, cumplen una función similar. Si en el pasado debíamos desocupar las bacinillas o sacar con una pala la mierda de las letrinas, también debíamos limpiar a nuestros muertos, amortajarlos, prepararlos para el funeral. Hoy en día, dejamos que el agua se lleve los desechos y que la funeraria se encargue del cuerpo de nuestro ser querido. (Salgado 11)

Sentí haber halado yo mismo de la cadena cuando tiempo después, al terminé de leer *El Enterrador* no me quedó sino asumir con algo de culpa que había entregado sin pena el cuerpo de mi madre precisamente a aquel sistema del que en vida tanto se distanció. Aún reducida y confinada en su cama, consiguió con su terquedad negarse a ser despojo, no entró voluntariamente a ocupar el papel de la mierda en ese inodoro. Así los suyos no hayan podido sino entregarla a la alcantarilla más adelante, pues si la industria funeraria tiene su faceta inhumana aquello no fue sino aún más que claro el contexto de la pandemia.

3

Me parece equívoco definir lo que deba ser una muerte bella, pues resulta evidente que cada uno tenga unos deseos y aspire a que, en la medida de lo posible, a la hora de morir y de celebrar su partida se cumplan determinados propósitos y legados; que la ceremonia se desarrolle de determinada manera y no de otra, yo, por ejemplo, espero morir con mis mascotas arranchadas en mis piernas y ustedes pueden querer otra cosa.

Lastimosamente, como señala Nuland, estas planificaciones ingenuas suelen desconocer algo muy sencillo: Por un lado, que, pese a ciertos afortunados, la muerte no suele avisarnos en sobre de terciopelo morado que está en camino y por el otro, que a la hora de morir estaremos muertos y como tal, al organismo en descomposición que estará por ser enterrado, cremado y velado, ya no le importarán las decisiones que se tomen sobre lo que fue su cuerpo. Nuestros despojos no serán sino eso, despojos esperando a ser desechados e incapaces de emitir un juicio sobre la manera en que son dispuestos. (Cómo morimos 245)

Si bien, por lo anterior, no me atrevo a prescribir lo que sería una muerte bella para cada una de sus madres o de ustedes mismos, si estimo que al culminar el texto que están por leer podrán estar de acuerdo con que Gloria llegó a tener *su* muerte bella. Ella, quién siendo profesional de la salud conoció de primera mano la frialdad práctica del concepto de la muerte invisible, aquella muerte relegada a los hospitales, fea y sucia y que, por lo tanto, debe ser aislada y producirse lejos de los vivos cada vez menos capaces de soportarla. En últimas, un proceso casi inescapable de desconexión del cual seguramente Gloria debió

como enfermera muchas veces ser facilitadora y del que se negó a formar parte si su rol era el de la bolsa.

La muerte bella de Gloria no resultó muy distinta de la muerte antigua que hasta cierto punto romantiza el texto de Nuland; después de toda una vida vistiendo la bata de médico y perdiendo pacientes en la sala de cirugía el autor reconoce y aboga por la necesidad de la profesión y en general del área de la salud de reconciliarse con la muerte como fenómeno cultural, el cual al ser abordado únicamente desde la negación no resulta sino en el sufrimiento del moribundo y sus familiares. Al respecto dice “en otros tiempos, la hora de la muerte se consideraba, en la medida que lo permitían las circunstancias, un momento sagrado espiritualmente que permitía una última comunión con los que quedaban atrás” (Cómo morimos 239).

Por ello, lo que me asombra y enorgullece es que, a mi parecer, mi mamá fue capaz de lidiar con la mierda de su propia muerte, mucho mejor de lo que sus propios familiares fuimos capaces de lidiar con la mierda de sus despojos. Teniendo todos los medios para hacer de su muerte la convalecencia intrahospitalaria y aséptica que tendremos la mayoría de nosotros, enfocados no en abrazar la muerte sino en prolongar la vida. Ella supo estimar la velocidad de la arremetida y prefirió morir en su casa. Antes de participar en el rito de despedida lastimera, decidió increpar desde muy pronto a cada uno de sus visitantes tratando de apurar el diagnóstico macabro que se le negaba y cuando finalmente lo recibió, supo decir adiós a tiempo y cerrar sus ojos para siempre sin querer seguirle el juego al tratamiento agotador.

Más allá y sin dejar de lado los cuidados, la burocracia médica, y la angustia por asistir al proceso del deceso del ser amado y el duelo posterior al fallecimiento. Recorrer los distintos momentos vividos a lo largo del texto muestra cómo, a fuerza de terquedad, mi mamá logró una despedida en sus propios términos. Familia, celebración, despedidas, reconciliación, ángeles, la puesta en orden de la casa materna, son todos elementos que logró superponer pese a estar sujeta a la morfina, al médico, diagnósticos, inyecciones, intervenciones y terapias. Ese logro, mezclado con las alteraciones que el dolor y la añoranza generan en el recuerdo hacen que los textos, pese a estar basados en mi experiencia personal, brutalmente realista, se desenvuelvan en la frontera de la ilusión y que en esa medida resulten también en un halago orgulloso a la manera en que se fue.

Quizá solamente estoy hilando muy fino, para esconder un sabotaje a mi propio proceso ¿No querrían ustedes también decir cuándo sus madres mueran, lo bellas, y lo dignas que acudieron a su lecho mortuario? Naturalmente la muerte que tuvo no habrá sido la que quería, pero puedo decir que seguramente se le acercó bastante y ese hecho en sí mismo, además de afortunado es notable.

Dejando esa intención dicha, identificando la fibra ocular tan propia que nubla el cristal mismo desde el cual escribo, doy cuenta de mis propias limitaciones y reconozco, como después lo harán ustedes, que el recuerdo de la despedida de mi madre no es sino el producto de mis propias añoranzas. En esa medida, a lo largo del texto describo una relación de un hijo con su madre, en la que pese a intentar describir de manera honesta los

roces presentes en aquella relación, se encuentra ya con sus recuerdos mediados por el sentimiento.

Esto resulta en un texto formado por extractos contradictorios, extractos marcados por emociones diferentes que se entrecruzan y que en otros casos se desmienten, Glorias y Danieles que se aman y aman a los suyos y se odian y odian a los suyos. Viendo esas contradicciones viene a mi mente la frase “En esta casa todos hablan mal de todos y todos tienen razón” (28) de la novela *Soldados de Salamina* de Javier Cercas. Todos los relatos que componen el texto se encuentran en la frontera de lo no ficcional, pero ni quieren ni pueden ser una representación fiable de la realidad que fue, pues son relatos decantados por recuerdos trastocados, y curadas por una imaginación que tiene la intención clara de enaltecer la despedida notable de la que fue testigo.

Esas contradicciones están lejos de ser extrañas en el contexto del duelo, muchos de ustedes las vivirán o las habrán visto en el familiar o amigo devastado por la muerte del ser amado. Por ello también se encuentran escritas muchas experiencias confusas que acercan el duelo a la locura. De esos cientos de líneas una qué me cala hondo, por escribir con una temporalidad que me resulta muy cercana es el relato de Joan Didió en *El Año del Pensamiento Mágico*.

Mientras escribo esto, me doy cuenta de que no quiero terminar esta crónica.

Y tampoco quiero terminar el año.

La locura se está alejando, pero no hay ninguna claridad que venga a ocupar su lugar.

Busco resolución, pero no la encuentro. (188)

Yo tampoco encuentro resolución ni en las letras ni en el tiempo, la locura del duelo dejó marcas en mi recuerdo y siguió su camino indiferente a mi presencia. Por esa razón, la estructura del texto refleja el sinsentido del duelo que registra. Los extractos que forman el texto tienen cada uno una factura diferente sin buscar un estilo determinado. Algunos representan mi mayor esfuerzo por acercarme a la poesía y otros se acercan más a la crónica y al ensayo.

Sin otra razón que honrar el profundo valor simbólico que tiene el primer año de la muerte del ser amado para los que quedan detrás, busqué reflejar los meses transcurridos desde su deceso relacionando cada uno de los extractos a uno de los doce meses. En algunos extractos el mes corresponde al momento exacto en que comencé a escribir el contenido de ellos. En otros, el mes que los titula hace referencia al que transcurría cuando sucedieron las escenas descritas y, en un tercer grupo, el mes que aparece es resultado de la carga de significado de ciertas fechas de los meses, como nuestros cumpleaños y las festividades en el recuerdo y en la despedida.

Es posible que para algunos de ustedes cuándo sus madres mueran, resulte también necesario escribir algo al respecto. Y puede que como yo esperen que al terminar un texto

así, las cosas se puedan llegar a sentir más completas o más en orden, como quien termina un camino con inicio y con meta claros. Me gustaría sentirlo así y poder decir como Hellman Pardo en su poema del mismo nombre, *Camino*.

“He escrito todo mi desamparo.” (9)

Sin embargo, no parece cesar el desamparo, pese a que, con el tiempo. ya puedo disimularlo, pero no dejo de sentirlo, no puedo sino estar de acuerdo con Didion. Resulta reconfortante sentir que la locura se aleja, pero agobia ver que no acude en su remplazo resolución alguna. Quizá la locura no se alejó en lo más mínimo, quizá como el cáncer de Gloria, quizá como el dolor de ustedes, aquel profundo estado de turbación lejos de ser un elemento externo se encuentra profundamente cifrado dentro de nosotros. El inconmensurable absurdo de la existencia.

## **Mayo.**

Veo con nostalgia  
la retirada de mis viejos  
miedos a la sombra  
desde la que susurraban  
a mis nervios.

Quizá les vuelva a ver en sueños  
paseando en sus dominios,  
para halarles las patas.

Hoy duermo con la pierna afuera  
tentándolos,  
ninguno vendrá  
a reclamar mi sueño.

En mi cuarto cerrado  
percibo en la nuca  
la caricia de una corriente extraña,  
jugarretas infantiles  
de un dios irrelevante.

Ya no temo a la noche en el monte,  
a los monstruos que lo habitan;  
poco tiene el Mohán que hacer  
frente a la certeza

simple,  
pequeña  
y aterradora.

No volveré a ver a mi madre.

La llorona no derramará  
quejidos más amargos  
los suyos  
en el lecho,  
enferma maldiciendo  
a la perra vida.

Miedos nuevos se fraguaron  
en la alquimia de mis tripas  
entristecidas  
entes voraces andan en manada,  
se comen entre sí,  
viven en el fondo de los ojos  
con saña, saludan.

no supe mentirle  
cuando me preguntó  
si el cáncer  
la iba a matar,  
me resigné a mirarla  
dejarlos saludar.

Detrás de la ropa  
en el tendedero hay un niño  
flota boca abajo en la pileta,  
no tuvo quien lo bajara del lavadero.

La cosa alargada,  
maléfica que se retorció en el espejo,  
ahora levita frente a mí  
y se retira  
asqueada.

Sigue oliendo a vómito  
a quimioterapia.

Nada sale de mí.

## **Junio.**

### **Un cumpleaños**

En un curioso gesto de cordialidad, la enfermedad de mi madre nos demostró muy pronto que la iba a matar y desde que entendí esa realidad, sentí a la pérdida manifestarse en mí como un malestar casi clínico, como una enfermedad con una dimensión tanto corpórea como mental. Mi dolor de espalda, que parecía haberse enfurecido desde que ella quedó postrada en cama, evolucionó a una opresión constante en el pecho. Un quejido coordinado de la espina que me generaba una fatiga constante, y aunque consideré a esta sensación como algo previsible, lo que más me desconcertó fue la facilidad con la que mis emociones quedaron trastocadas. De vez en cuando y ante el menor estímulo, el duelo me quiebra, hundiéndome en la sensación de abandono, en la exageración de los recuerdos, en fantasías imposibles; me ahoga en lamentos repetitivos que llegan cada vez más crudos y dolorosos.

Revisar libros de literatura que abordan la temática del duelo me sirvió tanto de base para el desarrollo de la tesis de maestría como de reflejo de mis sentimientos. No fue difícil identificar rápidamente sensaciones o preocupaciones compartidas. Por ejemplo, al leer *El año del pensamiento mágico* de Joan Didion noté en ella una sensación muy similar a la que describo.

Ante la muerte de su esposo Didion experimentó esta sensación o una similar que, al narrarla, bautizó como el “efecto torbellino”. (El año del pensamiento mágico) La metáfora del torbellino resulta muy precisa tanto por la naturaleza devastadora del sentimiento como por la cruel posibilidad de anticiparse al mismo.

Ciertos momentos terribles del duelo se hacen tanto más terribles en la medida en que avisan su llegada, mediante señales en el cuerpo y en la mente que se van acumulando como las nubes de mala pinta que preceden a la tormenta. Pero, a diferencia de la tormenta o como el desamparado atrapado en ella este torbellino tiene una facultad paralizante, pese a ver al viento tormentoso llevarse todo, pese a sentir la desesperación ocupando la totalidad del pensamiento, no se logra presentar resistencia alguna.

En mi caso lo siento como algo ubicado entre el desamparo y la nostalgia. Como un estado profundo y lamentable de autocompasión. Un rumiar el dolor por el dolor que afecta el desarrollo normal de cualquier tarea y que, para colmo, suele aparecer ante todo tipo de inverosímiles disparadores: un sabor, un postre, un insulto, una calle, el color de un bus, el material de un bolso, el dibujo de un saco, una fecha, un libro, un animal, todo y nada resultan materia prima suficiente para la formación de la tormenta.

Este desamparo responde también a disparadores más evidentes y es ante estos que es posible prever su llegada. En el contexto del duelo, la fecha de la muerte parece marcar el nacimiento de un nuevo tiempo, una nueva era en la que todo se hace susceptible de aparecer ante el mundo por primera vez para así ser experimentado y renombrado bajo el prisma omnipresente de la partida. Así la primera vez que comí su plato favorito, la primera vez que escuché sus canciones, la primera vez que busqué sus notas de audio en WhatsApp, la primera vez que todo. Una nostalgia profunda me invadía y me impedía funcionar con normalidad.

Hace poco tiempo tuve que celebrar por primera vez mi cumpleaños sin ella. Recuerdo que el rito se me antojaba de repente tan desconocido, tan recién aparecido, que los 29 años que había ocupado hasta entonces ya no me sonaban válidos. Este nuevo mundo en el que había despertado, sin ella, en abandono, hacía tan poco, me obligaba a comenzar a contar de cero el tiempo por venir. Actuaba como oficiando constantemente el baño bautismal de las cosas que a diferencia de ella continuaban acá.

Aunque ese día quise prever el torbellino y me esforcé por distraerme a lo largo de la jornada, antes de llegar a soplar la vela sentí llegar esta sensación abrumadora y así como el llanto quiebra la voz, me salió un soplido tan roto que apenas si meció las flamas de las velas. Por fortuna un sobrino, en medio de su juego infantil, sopló en mi lugar, dando paso a los aplausos y al desorden propio de la repartición de la torta, que en su conjunto solo me dibujaba un cuadro más lúgubre del cual no tardé en escapar.

Me quedé absorto, no recuerdo cuánto tiempo, pensando en esa ilusión ingenua con que soplamos las velas para pedir un deseo, como si nunca hubiera participado de aquel rito y ahora descubriera el escepticismo por primera vez. Esa sensación de incredulidad no me era extraña, la reconocía porque la estaba viviendo a diario; se me asemejaba mucho a aquellos momentos en que, con igual ingenuidad intentaba convencer a mi madre sobre las bondades analgésicas de la marihuana y la meditación, queriendo mitigar su dolor a punta de terapias progre de dudosa efectividad, mientras mi hermana le leía cuentos acariciando su cabeza nuevamente calva. Actos ilusos de nula utilidad que se fueron replicando a lo largo de toda su convalecencia.

Fue por una esperanza inútil de este tipo que mi mamá terminó muriendo en la cama de su hija en vez de la suya. La movimos por la ubicación privilegiada del cuarto de Luisa en relación a la luz del sol. Esperábamos que un poco más de día brillando en su rostro traería algún tipo de mejora, necios ante la evidencia de que las personas llevan toda la vida muriendo bañadas por la luz del sol con tanto éxito como las que lo hacen en la penumbra.

Ahora recuerdo muchos esfuerzos de este tipo. Intentamos hacerle mella al tumor licuando hojas de kalanchoe en el jugo tropical que hacía penosamente las veces de su almuerzo, desayuno y cena. Mis tías sumaron los masajes, los aceites y la variedad más delicada de pijamas para dama que lograron encontrar. Mi hermana le agregó el apapacho y la caricia constante. Por mi parte, le metí yoga a la cuestión, música de relajación y hasta una aplicación de meditaciones que prometía palear el dolor y que como lo demás tampoco fue rival para el dolor visceral del cáncer terminal. Incluso Carlos, su esposo, llegó a meter Whiskey en la mezcla, pero siendo honestos, eso fue ya cuando la realidad se nos venía de bruces y el alcohol resultaba un bálsamo mucho más noble que la morfina.

Ahora, a unos cuantos meses de distancia de su rápido desgaste y de aquellos cuidados paliativos, puedo asegurar que, con todas esas terapias, mimos y rituales, no estábamos solo tratando a mi madre. Más bien, éramos parte de una clase de ritual arcano del cual hacíamos las veces de intérpretes y de espectadores; éramos casi conscientes de que nos tratábamos a nosotros mismos cuidando que ella tuviera todas las comodidades posibles, así supiéramos que

no llegaría ni a sentir muchas de ellas. Tratábamos con babas la inminencia de su muerte como una manada de perros lamiendo heridas de sus enfermos que ya no van a sanar.

Todos querían ayudar en algo por inútil que fuera y quizá, entre más inútil mejor, pues más rápido el dulzor de la recompensa de la tarea realizada acallaba el dolor, más luz en la cara de la enferma difícilmente iba a mejorar su situación, pero saciaba la necesidad de hacer algo, así nada se hiciera. Algo así como un instinto primigenio del cuidado paliativo.

Sus hermanos fueron particular muestra de este impulso. Luis indagaba con regularidad su historia médica pronosticando mejoras ante los menores cambios en su evolución. Iván complacía con paciencia sus deseos de baños helados. Milton intentaba alegrarla con visitas sorpresivas de su sobrino más pequeño. Hernán envió kilos de kalanchoe y viajó desde el Guaviare para hacerle compañía, e incluso Paúl, con quien ella no hablaba hacía años, le trajo en su única visita aquellas galletitas wafer de tiramisú que le encantaban. Sin contar un sorbo de whiskey esa fue la última comida que le provocó apetito y, ante su visión, por primera y última vez desde que enfermó, la vi alegrarse, le escuché exclamar “yupi” mientras levantaba los brazos y revelaba un estado de conciencia aniñado. Quizá, el mismo estado que ella en su hospital tantas veces reconoció en pacientes críticos y del cual me habló más de una vez; bastó verla comer con tanto gusto para sacarme del cuarto atragantado en llanto. Debí haberme quedado para racionar la dosis del manjar pues, horas después, vomitó todo en mis piernas.

Los cuidados paliativos están cargados de esos gestos de esperanza o de ilusión que, aunque ridícula no es menos bella, más aún ante la temible perspectiva de la muerte que, pese a su certidumbre, es mucho más abrumadora en el escenario lapidario de la enfermedad terminal, la cual parece que poco a poco la vida misma simplemente deja de pasar por el cuerpo de la cansada víctima que, abandonada, comienza simplemente a dejar de ser, y subsiste, quizá, más por el impulso de la memoria de un organismo que no termina de reconocer su expiración.

El padecimiento de mi mamá fue, al mismo tiempo, lo suficientemente rápido como para que el sufrimiento fuese soportable para quienes asistimos a él, y lo suficientemente prolongado como para permitirnos asistir. Pese a los retos, la familia entera tuvo la oportunidad de despedirse a satisfacción muy en medio del 2021 post pandémico, bien entrada la segunda ola de contagios y muertes en Bogotá. A lo largo de un par de semanas, unas cuarenta personas lograron pasar a consentir a la enferma. Nuevamente, aquello no fue más que una romería de ilusiones. Muestras de respeto ubicadas en la frontera de la obligación y dirigidas más bien a la familia próxima a quedar huérfana que al enfermo, con la intención de calmar un dolor que solo se agrava con cada palabra de consuelo. Quizá con la confianza de que, a futuro, de ser uno el moribundo, algún pariente se ha de pasar por los aposentos a presentar sus correspondientes respetos.

No es que no crea que los espectadores del deceso de mi madre no estuvieran profundamente preocupados por su salud, pero dado que su mejoría pronto dejó de ser una posibilidad y como ninguno de nosotros podía hacer algo útil por ella, solo quedó el camino de acompañarla, consentirla y tratar de cumplir sus caprichos, para poder sentirnos algo más tranquilos con nosotros mismos. Para colmo, los pedidos de la doña, añejados por el delirio y la morfina,

resultaron de complejidad mayor en el contexto de los catéteres, la medicina y la movilidad reducida.

Pese a que me rogó, no pude hacerle una piscina en la finca antes de que muriera, ni siquiera atiné a acomodarle una tinaja lo suficientemente grande a donde se pudiera sumergir completa como deseaba. En ese panorama solo nos quedaba tratar de no empeorar su situación y al tiempo, no hacer más miserable la nuestra. Lo que con el pasar de los días, probaría ser cada vez más difícil y por ello sin pena le agradezco el haberse ido como con tanto afán.

Contrario a lo recomendado decidí iniciar este texto por su título, pues un título bien escogido sienta la intención de las palabras que precede. Pero en este caso, quiero resistirme a la tentación de modificar esa intención con la que arranco. Y para ello, entonces lo mejor será dejarla dicha. No quiero que esto sea sino un texto elegíaco, un conjunto de pensamientos y palabras que, pese a necesitar ser dichas, necesariamente se dijeron tarde y de haber sido antes no sabrían igual; de reflexiones basadas en expresar sensaciones que escapan al razonamiento. No es entonces, sino un lamento más, como tantos otros que vendrán a hallar su residencia entre páginas carentes de dirección de destinatario. Un soplido que no apaga las velas. El rostro de un muerto muy bien iluminado.

**Marzo.**

### **Acompañar**

Recuerdo que hace solo un par de años, cuando mi mamá estaba por atender la ceremonia de su maestría en enfermería yo la molestaba diciéndole que ya casi *íbamos* a graduarnos. Era un reclamo en broma por mi ayuda, pues pese a su larga trayectoria, experiencia y conocimiento de la profesión, si había algo que mi mamá aborrecía era sentarse a escribir. Según ella no le fluía la escritura y no le faltaba razón. Despreciaba los conectores, sabía tan poco como yo de ortografía, y escribía como hablaba y hablaba en órdenes más que en oraciones. Como si con el tiempo y, pese a cierta amabilidad que la caracterizaba, su faceta de jefe de enfermería le hubiese ido curtiendo una forma de expresarse corta y eficiente, útil para liderar y para el ejercicio de sus labores, pero que le dificultaba transmitir sus ideas al papel con la elegancia y continuidad que le exigía su directora de tesis.

Debido a ello, pasamos muchas tardes y noches releando sus apuntes y sus fragmentos. Ella confiaba en mi criterio y aunque casi todas las veces que nos sentamos a trabajar en la redacción de la tesis terminábamos en una pelea, aún por sobre mi muy mala gana para ayudarla, ella terminaba por convencerme para volver a darle una leída al texto y corregir algunas cosas por aquí y por allá. A veces me dejaba trabajando solo porque no toleraba que me burlara de su trabajo y otras veces, en cambio, me sacaba irritado de la mesa cuando se ponía a interrumpir de más sin dejarme terminar de escribir una idea antes de cambiar de decisión.

Aunque la monotonía de aquella rutina me fastidiaba quisiera creer que llegué a disfrutar de esos momentos, pero no puedo estar seguro. Su muerte alteró muchos de mis recuerdos de ella y particularmente mis recuerdos con ella. Es posible que solo haya llegado a sentir fastidio de verme obligado a ayudarla. Sin embargo, de lo que si estoy seguro, es que no pude evitar interesarme por algunas de las cosas que descubrí sobre la enfermería oyendo sus discusiones y corrigiendo sus escritos. Recuerdo que el concepto de “cuidador” como una figura relevante en la atención hospitalaria llamó mi intención. De hecho, su tesis trataba de indagar la percepción del paciente y su cuidador familiar, sobre la condición de seguridad a la que se encontraban expuestos durante la hospitalización.

Desde el primer momento en qué entendí el tema que ella quería investigar, vino a mi mente un incómodo recuerdo sobre el padecimiento y la muerte de quien años atrás había sido mi suegro. La imagen que tengo de aquel momento es así: Félix yacía adolorido y disminuido en su cama tipo hotel, dentro de la exclusiva Clínica El Country al norte de la ciudad. Su familia, todas mujeres, y las parejas correspondientes, lo acompañábamos en un silencio sepulcral poco antes o poco después de haber recibido la noticia de parte del médico tratante, de que el cáncer visceral que lo aquejaba no solo no tenía cura, sino que seguramente no le permitiría siquiera salir con vida de aquella habitación.

Yo me encontraba particularmente pasmado con la quietud y el tamaño reducido del enfermo, que en el pasado se me parecía a un patriarca enorme y de voz regia y entonces ocupaba la mitad de espacio y a duras penas hablaba. De hecho, tan quieto estaba, que nos sorprendimos

cuando al vernos entrar, entreabrió los ojos y resolvió erguirse para darme la mano e inmediatamente recostarse de nuevo y ya no pudo o no quiso seguir saludando a los demás, todos mucho más cercanos que yo. Quizá como le pasó a mi madre más de una vez. No fue sino un arranque resultado del exceso de opioides.

En ese escenario de llanto, de acompañamiento, resignación, silencio y respeto en el que la familia de mi suegro no podía hacer nada más que rodear al enfermo y esperar a que su cuerpo se rindiera ante la enfermedad devastadora que le consumía, hubo una interrupción. La puerta del cuarto se abrió dando paso a una figura afanada y de una amabilidad demasiado fingida quien no pudo esconder que venía de cuarto en cuarto siguiendo la misma rutina, cumpliendo un esquema metódico, seguramente poniendo equis sobre una lista al salir de los cuartos.

Era una enfermera que no venía desarmada. Traía consigo una serie de fichas rectangulares con imágenes plastificadas, ilustradas de manera simple y muy fácil de entender, casi infantil. En las fichas se veía a un paciente genérico sufriendo una serie de accidentes intrahospitalarios, los que según la enfermera aquejaban particularmente a aquellos enfermos que, como Félix, tenían disminuida su movilidad. Mientras nos daba una charla sobre los peligros de la atención intrahospitalaria y el riesgo de caída, la enfermera iba mostrando las tarjetas con la misma parsimonia de quien enseña las vocales a un grupo de niños, enfatizando como el desafortunado personaje se resbalaba de la cama, se caía en el baño, se tropezaba consigo mismo y con los aparatos de monitoreo. Durante unos 10 minutos, que se sintieron como una hora, la enfermera nos habló de espaldas a Félix acerca de cómo cuidar mejor de él, casi ignorándolo, buscando entre su audiencia ojos que le devolvieran una mirada atenta. Al terminar, se despidió con la misma amabilidad afanada con la que entró y se fue a torturar a algún otro enfermo terminal.

Mi crítica al objeto de estudio de la tesis de mi madre se basaba en esa experiencia, la cual me enseñaba que, ante la certeza de la muerte, al familiar cuidador le importa un bledo la percepción de seguridad en la atención hospitalaria. En medio de la situación de estrés casi traumático que representa cuidar a un familiar moribundo, la seguridad propia pasa a ser un asunto de segundo plano y por tanto, no me parecía un elemento con la relevancia necesaria para ser el eje de una investigación de maestría. Pero a la jefe del servicio de enfermería del Hospital Universitario de la Samaritana, salvo ciertos asuntos de sintaxis, los comentarios de su hijo abogado sobre el estudio de su profesión no le hicieron mella, principalmente porque en ese momento no le ofrecía yo ninguna otra temática para que centrara su trabajo.

Seguramente ya no le va a servir tanto a ella, pero con la experiencia de su hospitalización y muerte ahora sí que se me ocurre un asunto digno de una investigación de maestría en enfermería. Valdría la pena indagar algo mucho más básico para esta profesión, debería estudiarse lo difícil que resulta para el acompañante, devastado por el mal que aqueja a su familiar, el poder siquiera llegar a ser el cuidador familiar ante los ojos de las instituciones hospitalarias.

Aunque puede resultar evidente, para llegar a ser acompañante de un familiar hospitalizado el primer paso no es otro que cruzar la recepción de los hospitales, resguardada generalmente por un ejército subcontratado y mal pago de guardas de seguridad. Para este grupo de personas y

para el pequeño número de recepcionistas a quienes estos escoltan, el cuidador familiar solo pasa a gozar de tal condición una vez sobrepasa al grupito de guardianes de la puerta. Aunque suena menor, esta labor es como cruzar un umbral místico, resguardado por una esfinge criolla de mirada clínica, ojeras cansadas y humor huraño atravesado en la puerta con una chaqueta oscura que en letras doradas, cual antiguo tocado indígena, rezan SEGURIDAD en mayúscula. ¿Sería esta, más bien, la percepción de seguridad sobre la que debió hablar mi madre en su tesis?

Siendo hijo de una enfermera crecí con la costumbre de encontrar en la recepción la barrera más temible a la hora de entrar al hospital donde ella trabajaba, pero no llegué a entender lo trágico de esta frontera hasta que tuvimos que visitar a mi madre no como trabajadora de la Samaritana sino como enferma interna en el hospital Méderi. En el marco de la pandemia, el caso de mi madre planteaba sin duda una paradoja. Por un lado, por regla general las visitas estaban restringidas debido a la contingencia y los resultados de laboratorio mostraban que tras la primera y única ronda de quimioterapia que llegó a tener, mi mamá se encontraba en un estado inmunodeprimido tal que la obligaba a estar aislada. Pero por el otro lado, tal como Félix, mi madre vio su movilidad tan reducida que, por su propia seguridad, requería un acompañante permanentemente a su lado.

De manera muy amable, ni bien realizado el ingreso, las enfermeras del piso donde quedó mi madre nos informaron que necesitábamos tener un sticker para identificarnos, para el cual los acompañantes podían registrarse en el sexto piso. Una vez fuimos allí, nos dijeron que a esa hora solo se hacían los registros del personal acompañante por la recepción, en la puerta principal. En la puerta principal, nos dijeron en cambio que debían autorizarnos primero las enfermeras de nuestro piso y nuevamente allí, en el quinto piso, las enfermeras nos informaron que los acompañantes debían registrarse en el sexto. Esa madrugada, tras unas discusiones con el guardia encargado, todos salvo mi hermana que se quedó acompañándola, salimos sin haber conseguido el bendito sticker, lo que demostraría haber sido un error estratégico.

Al día siguiente lo entendimos. En el Méderi, como seguramente en muchos otros hospitales, no hay tal cosa como cuidadores o visitantes; hay stickers, o más bien, gente con o sin sticker. Tener el sticker te concede una identidad tan clara para la institución que los guardias te saludarán, te abrirán la puerta, te esperarán mientras compras cosas en la cafetería y te darán indicaciones a la menor solicitud. No tener sticker simplemente no es una posibilidad, por lo cual, no hay saludo, no se abren puertas y no hay respuesta a ninguna solicitud que no sea la de ellos “¿y su sticker?”. No hay siquiera acceso a la cafetería, el único lugar del hospital donde venden el jugo de naranja que se convirtió en lo único que mi mamá consumió durante las semanas que estuvo hospitalizada.

Al día siguiente de internarla llegamos al hospital en la camioneta de Carlos, quien dejó encendidas las luces tipo policía que el dueño original, con su gusto narco, había mandado instalar a la altura de la parrilla y este aditivo resulto útil pues nos permitió pasar sin mayor embrollo la talanquera del parqueadero. Una de esas empresas que monopolizaron los parqueaderos en la ciudad de Bogotá tiene en su haber el estacionamiento del Méderi lo que, aunque no nos dio muy buena espina al comienzo, resultó como una opción importante para

facilitar la entrada. Rápidamente descubrimos que el personal asume que quienes llegan en carro son médicos y no hace muchas preguntas. Al fin y al cabo y pese a los cupos restringidos de aquel espacio a la empresa lo que le interesa es el pago. Opción uno. Entrar por el parqueadero.

Ese día nos dijeron en la recepción, como era de mañana ahora si atendían en la recepción, y de la manera más benevolente, que el hospital permitía registrar hasta 3 acompañantes en total pero que solo uno podría estar adentro a la vez. Ya semanas atrás habíamos desarrollado la costumbre de acompañar a mi mamá cada noche, para lo cual nos turnábamos, no solo su esposo, su hija y yo, que a duras penas resistimos 2 semanas solos en eso, sino que tuvimos que acudir a varios de sus hermanos, principalmente Iván, a los menos güevones de sus sobrinos, a Juan, mi hermanastro, e incluso a mi exnovia, pues la dinámica de pasar la noche junto a mi madre era cuando menos, terrible. Baño, masaje, dolor, intenta dormir, morfina, baño, gárgaras, intenta dormir, baño, dolor, intenta comer, morfina, intenta dormir por favor, mamá, masaje, baño, hablar de la inminencia de la muerte. Baño, masaje, dolor, intenta dormir, morfina, baño, gárgaras, intenta comer, baño, dolor, morfina, masaje, baño, te amo mamá nos vemos en dos días.

Resulta evidente que el batallón de cuidadores que respondieron al llamado desesperado de ayuda de nuestra parte excedía con creces las tres personas que, desde su benevolencia, el Méderi nos permitía ingresar y no todos tenían los medios o la opción de entrar en carro por el parqueadero. La forma más evidente de esquivar la seguridad era que el acompañante saliera del hospital, se encontrara con su reemplazo y le entregara el sticker y que, de vuelta, el acompañante nuevo, eludiera la revisión del sticker o convenciera al guardia de que la persona en la foto era él o ella misma. Opción dos. Guardia imbécil.

Cuando ninguna de las opciones que teníamos sobre la mesa funcionaban para esquivar los estándares de seguridad del hospital, lo que debía hacerse era registrar un nuevo acompañante permanente, para lo cual el acompañante que estuviese en ese momento con mi mamá debía bajar a la recepción, hacer la fila en compañía del reemplazo y solicitar el cambio del registro. Pero hubo un error en nuestra estrategia que no identificamos, qué pasaba si un acompañante no registrado no lograba entregar el “turno” a la persona que venía a reemplazarlo.

Me tocaría a mí identificar esta falencia cuando Elvia, la persona que ha ayudado con los servicios generales en mi familia desde que yo estaba en pañales y quien seguramente me limpió el culo más veces que mi madre, tuvo que recibir el turno de mi parte. Ni ella ni yo estábamos registrados como acompañantes permanentes, mi sticker decía “Andrea”, pero afortunadamente ningún guardia llegó a leerlo. Sin embargo, cuando salí del hospital y le entregué el sticker a Elvia, identificaron que la pelinegra de cara amable y cuarentona que es ella, no se correspondía con la pelirroja enana de 29 que aparecía en el sistema como la dueña de aquel sticker.

Después de devolverme el par de cuerdas que ya había avanzado hacía mi casa, hice con Elvia una larga fila en la recepción, cada minuto de demora que pasaba era un minuto que mi mamá estaba sola, no iba al baño, no recibía masaje y no tenía a nadie con quien hablar de la inminencia de la muerte. Yo sentía la ira estallando en mi sien como una sucesión de disparos.

Tuve que explicarle a la funcionaria varias veces la situación. Explicarle que los tres turnos no eran suficientes para ninguna familia que tuviera obligaciones mínimas además del cuidado del ser querido. Ella eligió ignorarme y yo medité profundamente si como en *Relatos Salvajes*, película que nos encantó a mi madre y a mí, debía, más bien, reventarle con el extintor la vitrina a la condenada.

Un supervisor, mi resistencia a moverme y la gravedad de mi madre hicieron falta para que al cabo de una hora por fin dejaran entrar a Elvia a acompañar a mi madre. El Méderi mantuvo el número de visitantes en máximo tres personas, nosotros seguimos ingresando por el parqueadero llegando incluso a escondernos dentro de los Uber que pedíamos. Fue necesario inventar un esquema de turnos que íbamos rotando acorde a la viabilidad de las personas y a nuestro propio horario. Pacho, Daniel, Camilo, Luisa, Yaneth, Carlos, Laura, Andrea, Daniel, Iván, Luisa, Natalia, Carlos, Elvia. Al menos unas doce personas acompañaron a mi mamá en sus semanas en el Méderi, lástima que la condenada de recepción seguro no leerá esto.

Ninguna de esas doce me mencionó nunca estar preocupados por su seguridad, con todo y que ya en ese punto de la pandemia todos habíamos conocido personas que habían fallecido por el coronavirus, no era la sensación de inseguridad lo que afligía a los acompañantes de mi madre, era angustia. Angustia de poder entrar al hospital a acompañarla y de que no se quedara sola. Angustia de dejarla por un momento para ir al baño, angustia de ir a comer algo a la cafetería, angustia cuando la depresión y la inminencia de la muerte la agobiaban y angustia cuando entraba al cuarto de mi madre un profesional de la salud de esos que desde lejos generan desconfianza.

Esa misma angustia debió sentir mi hermana la mañana del dos de marzo cuando era su turno de pasar la noche en el hospital con mi mamá. Muy en la madrugada del día siguiente me llamó para contarme que no le había ido nada bien con la enfermera que estuvo a cargo y preocupada, me dijo que le había entendido a mi mamá que no era la primera vez que la atención no había sido buena en las noches. Aunque no había mucho que pudiéramos hacer para remediarlo decidimos quejarnos formalmente con el hospital mediante un derecho de petición cuya versión digital creí perdida varios meses.

En el documento se lee que a eso de las 5:00 am a Luisa la despertaron gritos de auxilio que venían desde el baño. Al abrir la puerta encontró a mi mamá de pie, de espaldas al inodoro con los pantalones en el piso. Mi mamá, pese a su estado, prefirió llamar a la enfermera con el timbre de la cama antes que despertar a su hija, quien seguramente no tuvo la mejor noche. La enfermera la llevó al baño, la dejó parada al frente del inodoro, se fue y cerró la puerta sin avisarle a Luisa. Para esa época mi madre no podía caminar sola, no tenía el control de la mitad de su cuerpo pues tenía trombos que la hacían moverse con dificultad y no podía ni siquiera halar la cuerda del timbre de emergencia para pedir ayuda. Solo pudo gritar. Cada vez que leo este párrafo que debí usar el extintor para romper las ventanas del quinto piso.

Después de tranquilizar a mi madre y devolverla a la cama, mi hermana pasó el resto de la mañana hablando con ella. De este modo se enteró que el trato del personal no era el mejor y supo que, particularmente en la noche, habían sido tan displicentes que mi mamá, la enfermera profesional, muy a pesar de su experiencia, sus estudios y su estatus, le pedía a su hija no

hacer una queja formal pues le preocupaba que el trato siguiera empeorando. Pese a su miedo la convencimos de lo contrario e hicimos la queja ese mismo día.

Fue Camilo, mi primo hermano, quien recibió el turno de Luisa esa mañana y fue él quien prestó el computador en donde Luisa redactó el documento mientras yo le dictaba y sugería algunas correcciones por teléfono. Por eso no lo encontramos hasta que tiempo después Camilo lo encontró entre sus archivos. No sé si en aquel cuarto esquinero, alguna de esas doce personas se preocupó en algún momento por su seguridad, por contagiarse del coronavirus, por caerse por las escaleras criminalmente empinadas de aquel edificio, víctimas del hambre y del sueño. Pero si sé que les preocupaba a todos ellos, lo que los trasnochaba, era que mi madre fuera tratada con respeto, en esa gran lista de angustias, la mayor era que además de tener que asistir a su muerte, tuviéramos que presenciar su deshumanización en manos de quienes se suponía iban a ayudarla.

En resumen, lo que pedíamos de parte de los encargados no era otra cosa que dignidad en su trato, prueba de ello, fue la solicitud tan simple, tan mínima pero tan significativa que se leía al final del derecho de petición. *Solicito una disculpa formal por el trato que la paciente, profesional de la salud y, por tanto, colega de los mismos funcionarios del hospital, ha tenido que soportar.* Me parece que una investigación más oportuna para la enfermería sería entonces preguntarse por la percepción de atención digna en la atención hospitalaria.

**Agosto.**

### **Ellos se despiden**

Mi mamá murió la misma noche en que Carlos mató a Golondrina, la perra consentida de Claudia; quien me dijo que esa noche mientras aún lloraba la muerte del pobre animal vio a mi madre despedirse. Claudia es una señora que nos ayuda con el aseo y cuidado de nuestra finca Bella Vista. Una pequeña casa de campo ubicada en Guasca a la que yo siempre quise llamar La Gloria pero que aún no he podido rebautizar porque ni siquiera se ha formalizado el traspaso de la propiedad, aunque hace casi 20 años que Carlos la compró.

Recuerdo bien el día en que la consiguió, ese día Carlos se había ido temprano a un viaje de negocios en el viejo Kia Azul de mi mamá, y recuerdo también que antes de partir estuvo desbaratando media casa hasta que, tras una hora de escándalo, logró dar con el reloj Mont Blanc que su hermano le había traído de Londres tiempo atrás. En la noche volvió ebrio como siempre, pero sin reloj y sin carro y con la promesa distintiva de que ahora poseíamos una finca. Aquella idea emocionó al niño que yo era a más no poder. Anduve revoloteando de felicidad por todo el apartamento durante los dos o tres días que nos distanciaban de la prometida primera visita a la propiedad, sin comprender porque la emoción de mi mamá no era igual de grande que la mía. Quizá ella ya previa que no volvería a tener un carro propio en su vida.

Claudia debe ser la tercera o cuarta persona que a lo largo de estos casi 20 años ha trabajado con nosotros en la finca. Una paisa directa y mamagallista que a diferencia de todas las personas que la precedieron, no es muy buena con las flores. En menos de un año logró matar casi todo el jardín, pero si tiene muy buena mano con los animales. Bajo su cuidado los perros perdieron el aspecto famélico y ahora parecen abullonados almohadones con patas. De entre esos animales, Golondrina era la más rechoncha de todos. La perra llegó a la finca de repente porque un amigo cocainómano de mi hermano se la compró a un habitante de calle al indignarse viendo los maltratos que sufría la pobre y la abandonó en Guasca con la misma prontitud del heroísmo con el que la rescató.

Golondrina era juiciosa, energética y de una intensidad enorme, pero era evidente el abuso que había sufrido. Jugar con ella era una actividad peligrosa pues en los momentos menos pensados podía mandar el tarascaso, como si determinados movimientos le recordaran los golpes que le propinaban de pequeña y la obligaran a responder con mordiscos repentinos y temerosos. Sin embargo, nunca llegó a morder a Claudia. Ella se encariñó de inmediato con aquella perra criolla, tanto así que le permitía dormir dentro de su casa. Una pequeña casa auxiliar que comanda el terreno de la finca desde la parte alta del pastizal. De hecho, no me sorprendería que, de vez en cuando, la dejara dormir en su cama tal y como Canela duerme conmigo.

La tarde del 29 de marzo Carlos pasó a ver la finca sin mayor motivo que echar un vistazo, como suele hacer de vez en cuando. pero en la corta y empinada subida que hay del portón a la casa, en la que nuestros perros siempre se atraviesan como queriendo saludar a los vehículos, no alcanzó a ver a Golondrina tropezar justo frente al carro y le pasó la llanta de la camioneta

por encima de su cuerpo. Carlos alcanzó a avisarle a Claudia, quien bajó entre llantos y gritos. Apenas a tiempo para sostener la cabeza de la perra en su regazo. Claudia dice que Golondrina la esperó para morir, pues la vio mirarla entristecida y adolorida, sin ser capaz de mover siquiera su cuerpo reventado, para morir al rato calmadamente y entre suspiros en su tierno abrazo.

Puede que la muerte de la perra horas antes hiciera que a Claudia la noticia de la muerte de mi madre no la cogiera tan desarmada. Quizá ante de dormir miró por entre las ventanas de su casa, esperando ver a Golondrina rascando la puerta para entrar a arruncharse a su lado y entonces, tal vez la nostalgia le hizo una jugarreta. pues, según me dijo, esa noche al asomarse creyó ver a Gloria paseando fugaz y tranquilamente por la pequeña finca, como inspeccionándola una última vez.

A Gloria le debió rendir en las visitas de despedida de aquella noche pues no solo fue Claudia. Camila, mi cuñada, me contó también que, en su apartamento en Chapinero, al que mi mamá nunca fue en vida, esa noche se les metió algo así como una sensación de calma. No quise preguntar cómo carajos sabe uno que se entra una calma, pero según ella esta sensación no se limitó a impregnarla a ella, sino que también despertó a mi sobrino de tres años, quien, para verdadera sorpresa del relato, no despertó con llanto, a fin que, toda la cuestión, en lo que a Camila respecta, no pudo deberse a ninguna otra causa que a la despedida de mi madre.

No recuerdo bien cuándo fue que Camila o Claudia me contaron de sus visiones estrafalarias, pero sí recuerdo que ambas vinieron rápidamente a mi mente, días después, cuándo casi por casualidad, mi abuela paterna me contó la suya. Según ella, aquella misma noche de marzo la presencia de una libélula en su casa le auguró la despedida inminente de un ser querido y sabiendo de la convalecencia de mi madre, no se sorprendió que hubiera sido ella quien, haciendo de bichito alado, pasara a despedirse.

Sin pedirles, durante semanas fui acumulando todo un catálogo de historias, augurios, sueños y palpitos, que se colaban por entre las condolencias y los abrazos. Pero ninguno me llegó a tocar tanto como este tipo de relatos en forma de despedidas, porque, tras haberlos desechado por un tiempo como sinsentidos, no tardé mucho en decidir que los creía o, que al menos, creía qué las personas que me los contaron realmente pensaban que lo que vieron o sintieron no pudo ser ni significar otra cosa más que mi madre pasando a despedirse.

Habiendo abrigado esa posibilidad, no tardó en crecer en mí una perturbación hecha de mi más puro egoísmo y nacida de la naturaleza misma de estos relatos. Pues comencé a preguntarme el por qué no se había despedido de mí o en el por qué, al menos, no había podido yo inventarme una historia nebulosa para poder decirme a mí mismo, en los meses por venir, que la vi, que se despidió, en forma de mariposa, araña, grillo o golpe en el meñique del pie. O al menos, que sentí su mano suave y tibia entre sueños, una noche triste, acariciar mis cejas para hacerme dormir una última vez.

Pero no, de mí no solo no se despidió, sino que, además, el momento de su muerte no pudo haberme encontrado descansando de mejor manera. El recuerdo de la inusual tranquilidad de mi sueño aquella noche tiene gusto a culpa, como si la incapacidad de sentir un palpito

premonitorio, un ladrido intranquilo de Canela o el susurro tenebroso de la noche en la ciudad, me excluyera de cierto grupo privilegiado de personas a quienes la esencia de mi madre si se les cruzó una última vez.

En cambio, la noche de su muerte lo que me despertó fue el timbre del celular cuando mi hermana llamó rota en llanto. Aunque en realidad no tendría que haber escuchado su llanto, ni a ella siquiera, el simple sonido del celular de madrugada en aquel contexto lo decía todo sin necesidad de emitir palabra alguna. Aunque había aumentado el número de noches que pasaba donde mi mamá, yo estaba en mi apartamento, en el cual me refugiaba de vez en cuando para descansar tanto de los cuidados que exigía mi madre, como de los demás en torno a ella, de ese humor roto y de sus sonrisas lamentables.

No recuerdo qué fue lo primero que le dije al contestar, solo recuerdo que le pregunté si había llamado ya a los policías y ella me lo confirmó, pues una muy bella y precavida médica del servicio hospitalario domiciliario tuvo el acierto de dibujarnos, a mi hermana y a mí, el mapa del laberinto burocrático que deberíamos empezar a recorrer apenas el corazón de mi madre dejara de latir. El cuál, desafortunadamente, comenzaba por informar del deceso al comando de policía adscrito al barrio. Cómo no tenía ninguna otra pregunta que pudiera hacerle a mi hermana y ninguna palabra de aliento podría salir de mi boca en ese momento, antes de colgar dejé que el ruido de su llanto inundara mi habitación mientras me ponía la ropa de la moto.

Pese al pasmo inicial que bloqueaba mi sentir, sabía que vendría un momento de dolor absoluto por lo que hice un esfuerzo por no quebrarme resguardándome en gratitudes idiotas. Al menos mil veces le dije que la amaba. Al menos la llamada no me tomó por sorpresa. Al menos dejó de sufrir. Al menos no murió en un hospital. Al menos nada. Andrés, mi compañero de apartamento, qué alcanzó a escuchar el celular y tampoco necesitó de mayor información, me brindó un té reconfortante apenas salí de mi cuarto poniéndome de prisa la indumentaria de la moto. Ni bien la puerta del parqueadero se abrió frente a mí, le entregué la taza vacía a Andrés, quien me había acompañado escaleras abajo. En ese punto se me habían acabado tanto el té como la lista de gratitudes idiotas.

Salí del edificio rumbo a un mundo que se me venía encima y qué ahora me parecía tan huérfano como yo. Él hijo abandonado que tenía ahora su madre muerta. Repasaba aquel cuadro del melodrama perfecto mientras retrocedía el camino que horas antes había hecho de venida, manejando la moto entre berridos ahogados y con ganas de matarme, tomando a toda velocidad la ruta que va desde Quinta Paredes hasta San Felipe cogiendo por la carrera 30. No sé por qué la velocidad si iba a encontrarla igual de muerta sin importar cuanto me tardara, creo que necesitaba llegar pronto, que me daba miedo encontrarla fría.

Llegué a la puerta de la casa que a partir de ese momento dejaría de ser mi casa. Ahí mismo se me presentaba el mundo de toda la vida, pero ya no era el mismo, un mundo nuevo con formas engañosamente similares, pero ajenas tomaba forma frente a mí. Desde ese día, sin mi mamá esperando adentro, el apartamento de mi madre me parece una conmemoración lastimera a la que me resisto a asistir siempre que puedo.

Había llegado a la puerta justo antes de la moto de los policías a quienes miraban desubicados las fachadas de la calle. Seguramente esperaban que alguien saliera a darles indicaciones y no pudieron esconder un leve sobresalto cuando me aproximé de espaldas a ellos indicándoles a donde se dirigían.

Mi tío, mi hermana, mi padrastro y la enfermera se encontraban adentro pues iban a pasar la noche en el apartamento. Recuerdo que tenían los ojos igual de hinchados que los míos y aunque yo no quería abrazar a nadie, uno a uno, se me fueron atravesando todos en tan solemne y fraterno gesto que me fue imposible esquivarlos. Al menos, la presencia de la policía sirvió para darle prisa a mi encuentro con el cadáver de Gloria

Con cuidado recosté mi cabeza sobre su regazo y comprobé casi con felicidad que aún estaba tibia. Siempre pensé que desde la quimioterapia anterior que en su momento la hizo sobreviviente de un temible y agresivo cáncer de seno, el calor de mi madre, de alguna forma extraña, había cambiado. Sus manos tibias casi frías pasaron a estar siempre calientes y yo le decía que ese calor me parecía un calor químico, poco natural. Pero ahora, ante su cuerpo muerto, sabía que esa era la última vez que iba a sentir su tibieza y me arrepentía de haberle dicho eso.

Los policías no pudieron evitar hacer gala de su ineficiencia, llegaron tras de mí al cuarto de mi hermana, husmearon con algo de respeto los despojos y nos pidieron no moverla mientras regresaban. Según ellos, tenían que retirarse para ir a hacer una gestión previa, pero era evidente que habían olvidado traer consigo el formulario de registro de defunción. Un documento previo y obligatorio para hacer el registro civil de defunción.

Una vez se fueron los policías y llamamos a la funeraria, pude por fin tener un momento adecuado para apreciar los despojos de mi madre. No era ajeno a lo blanquecino de la muerte, pero no por ello estaba listo para ver la vida reducida a rastros en su cuerpo. Impulsado por el instinto decidí acomodarla de la forma que a mí me parecía lo más digna posible. Tengo aferrado en mi memoria el día que en el levantamiento del cadáver de mi abuelo le quitamos la almohada y el rictus mantuvo su cabeza elevada en perturbadora levitación, por lo que le quité el cojín que tan amablemente alguien le había puesto.

Sabía que estaba muerta, pero no por ello quería permitir que su calor se extinguiera tan rápidamente por lo que decidí arroparla de pies a cuello. El mismo tierno capullo en qué tantas veces ella me había arropado. Traté de no hacer ruido y de no llorar, sino de hablarle, pues en algún lado leí que el oído es lo último que dejamos de sentir. No quería que se fuera escuchándome desconsolado. Debí haberle puesto audífonos.

La pareja de policías no tardó en llegar y el más idiota, al ver la cobija sobre la pobre nos regañó por haberla manipulado. No recuerdo bien qué fue lo que dijo y no importa qué ni cómo lo haya hecho, lo importante es que fue suficiente para despertar la cólera de mi padrastro quien levantó el edificio a madrazos. El espectáculo llegó a tanto que pasé de ubicarme entre él y los policías asediados por el hombre medio destruido que los echaba de la casa a hacerme al lado de ellos, pues en medio de semejante despelote, era una posibilidad real

que desenfundaran sus armas y en esa posición, por lo menos, podría llegar a empujarlos si se llevaban las manos al arma.

Los fui sacando del pasillo donde nos encontrábamos, un corredor apretado justo en frente del cuarto donde mi madre yacía y qué, por su pequeño espacio, tornaba más tenso todo el ambiente, mientras maldecía por dentro la mala pata de mi mamá. Media vida escuchando los gritos del degenerado este para irse con esos mismos gritos de fondo. Ojalá ya hubiera perdido el oído en ese punto.

El idiota resultó no serlo tanto, decidió atenuar la cuestión y retirarse del apartamento mientras mi tío, siguiendo la misma lógica de desescalamiento, se llevó a Carlos al cuarto de él. Yo me senté con el otro policía en una mesita al extremo contrario de la casa para firmar los dos o tres papeles que él necesitaba y recibirle el certificado, para después acompañarlo rapidito y casi a empujones a la puerta.

El tipo de la funeraria tampoco demoró. Habrá llegado sobre las dos o tres de la madrugada. Era un responsable comercial de la empresa, conocedor de las maneras de su negocio y de traje negro, muy bien vestido, perfumado y tan delicado al hablar que se le notaba la preocupación cuando decía alguna equivocación o algo que remotamente pudiera ser malinterpretado. Me preocupaba que se nos fuera a romper en algún momento y agradecí que no llegó a ver la escena anterior.

Mi madre tuvo afortunadamente muchos despidos, algunos de ellos con ella aún consciente, pero el momento en que su cuerpo fue sacado de ese apartamento, ya todas las despedidas fueron tardías, simbólicas, una puesta en escena, qué comenzó esa noche con todos nosotros en torno a su cuerpo reducido. No pesaba nada y bastaron el señor de la funeraria con su ayudante para acomodarla adecuadamente en el vehículo fúnebre.

A partir de ese momento tanto el trauma de lo acontecido, como el cansancio perturban mi memoria de esa noche. Habremos tomado algo caliente, habré escuchado la versión de cada uno de los presentes sobre el momento exacto en qué la enfermera notó que mi mamá ya no respiraba y finalmente, junto con mi tío, nos quedamos a dormir precisamente en la cama de ella, qué aún después de esas horas tenía su tibieza, como dije su calor no era natural.

Al acostarnos mi tío me contó que hizo lo mismo de niño, cuando se llevaron el cuerpo de su mamá, se quedó a dormir en la cama de ella esa noche. No le pregunté, pero puede que también estuviera persiguiendo el calor, ese último testimonio de la vida vibrante que una vez estuvo allí, y quizá también como a mí, al día siguiente lo que lo despertó fue el frío.

## **Octubre.**

### **Las celebraciones**

Hay una sensación a la que no le encontré el nombre ni en Google, ocurre cuando durante un día, todo lo que oyes en las conversaciones, la publicidad, la televisión y hasta los periódicos, parece haber acordado girar en torno al mismo tema. Recuerdo bien que la primera vez que me pasó estaba en el colegio y en alguna clase vimos un vídeo sobre los camélidos. Horas más tarde, en otra clase, escuché a un profesor hablar sobre la necesidad de encontrar camello, y en el almuerzo, a escondidas con otros compañeros, me fumé unos Camel que alguien llevó en secreto. Lo que constituía todo un acontecimiento pues no era una marca de cigarrillos tan común en Bogotá. Y ya no recuerdo los otros momentos en que seguí viendo camellos o jorobas atravesados por mi camino el resto del día, pero sí que esa fue mi sensación general.

En alguna reunión, mucho después y hablando de todo y nada, alguien me explicó que lo que pasaba en ese tipo de casos no era una confabulación cósmica, explicación mucho más interesante a mi parecer, sino que, en medio de la monotonía del día a día, ciertos temas poco comunes llegan a despertar tanto interés que uno comienza a prestarles mayor atención y por tanto, a relacionarlos con cosas del día a día, dando la sensación de no dejarlos de ver.

Todo esto para decir que creo que experimento esa sensación con particular cotidianidad, seguramente por lo distraído e impresionable y, aunque me quedé con la explicación de la conspiración cósmica para explicar esa sensación en público, con el tiempo pude comprobar que sí soy yo quien, al poner más o menos atención a ciertos detalles, quien intensifica el efecto. Tanto es así que he llegado a poder anticiparlo. Como hace dos días, el viernes cuando caí en cuenta de dos molestas situaciones.

Por un lado, los textos de la clase de la mañana del sábado estaban claramente vinculados al duelo, cosa que hubiera sabido de haber leído el programa y los temas que planteaba para las semanas 8 y 9: “El duelo y la reflexión poética”. Por otro lado, que en la tarde tendría el cumpleaños de Carlos, la primera celebración familiar que no podría esquivar desde mi cumpleaños, sin contar la de mi primo, en septiembre, que si bien tuvo su cuota de drama, festejamos en el pueblo de Jenesano y por la lejanía y por el paseo se sintió diferente.

Así que no fue difícil pasar todo el viernes viendo celebraciones por todo lado, televisión, celular, e incluso la publicidad en las calles estaban dispuestas como acosándome, casi juzgándome por no sonreírle a la puñetera vida. Me acosté con la noción clara del desbarajuste emocional que vendría al día siguiente, el torbellino que tomaba toda una noche para formarse.

El sábado bien temprano, la maestría tomó su cotidiana forma de taller de grupo y las lágrimas de los compañeros no se hicieron esperar. Yo me concentré en leer, un tanto de afán las tareas, para no dejarme contagiar. Pero, fue sobre todo difícil la actividad final. Una carta a alguien o algo perdido. Allí nuevamente la naturaleza casi inatajable y monotemática del luto me llevó a volver a escribirle.

Me pareció linda la idea de escribirte una carta, pero la consigna fue “carta a algo perdido” y no tardé mucho en enredarme, como siempre, con las palabras. ¿Estás

perdida? ¿Te perdí? ¿Te perdimos? Siendo justos, estás como a un metro de distancia. En el cajón, a mis espaldas, guardadita en un cofrecito muy parecido a aquel en el que hace años guardaste a tu padre y que, como aquel, me resulta terroríficamente liviano. Pero no eres tus cenizas o no eras lo que hoy son tus cenizas. El cambio de la materia de tu sonrisa a tus cenizas marca sin duda la ausencia de algo. Más específicamente, la ausencia de vida; de tu vida en nuestras vidas al menos. Pero no sé si con eso basta para decir que estás perdida.

La muerte no es un estar perdido. Es algo más básico. Es, de plano, un no estar, no ser. Es un no gigante e invisible que, sin pena, va infectando de negación toda la realidad que ya no es tuya. Tus ropas son tus no ropas, tus costumbres ya no son tuyas, incluso nuestros recuerdos de ti parecen inundados de esa misma atmósfera de negación, y solo aparecen como muestras de eso que ya no es, que ya no fue y no será.

Nunca me gustó tener la misma talla de tus zapatos. De manera no tan secreta lo veía como una afrenta a mi masculinidad, ya afectada por mi estatura. Pero hoy lo agradezco. De hecho, escribo esto calzando tus zapatos naranjas que, como tantas cosas, ya no son los tuyos pero que, al menos, al no ser ceniza, escapan de su orfandad en mis pies perdidos. ¡Eso es! Quizá es eso lo que se pierde con el duelo: se nos pierden los pasos.

El resto del día estuve mascullando aquellos pensamientos. Es posible que para quién profesa una fe que contenga en su catálogo de promesas la de la otra vida, la muerte sea vista en efecto, solo como una forma de estar perdido. Un estado, por lo demás obligado, en que el otro simplemente está en “otro plano”, como se escucha decir. Estoy convencido de que no por ello dolerá menos la pérdida de los amados, pero la oración, como toda otra forma de meditación, no deja de ser un conjuro oportuno para el dolor; y la esperanza de un reencuentro no deja de ser un amuleto importante al que aferrarse ante el desasosiego de la nada.

Pero sin querer resultar pesimista, no la imagino esperando en otro plano. De hecho, la sola idea de imaginarla esperando me hace pensar que solo por esperarme ya estaría decepcionada. No nos crio para ir detrás ni siquiera de ella. Me veo entonces obligado a encontrar esos pasos perdidos y como todos, pese al dolor incapacitante del duelo, sé qué con el tiempo los iré encontrando, pero, ¿Quiero?

El tiempo no pasa por nosotros de manera impune, nos atraviesa y los aniversarios y las celebraciones tan acomodadas en su zodiaco, no resultan siendo sino grandes mojones de piedra atravesados en el camino que amenazan con algo más que superar el dolor, amenazan con el olvido y para los que no estamos seguros de que nos estén esperando en plano espiritual alguno, esto constituye esencia para las pesadillas.

*“(...) si queremos seguir vivos llega un momento en que tenemos que dejar ir a los muertos, dejarlos ir, dejarlos muertos.*

*Dejar que se conviertan en la fotografía de la mesa.*

*Dejar que se conviertan en el nombre de las cuentas fiduciarias*

*Dejar que se los lleve el agua.*

*Saber esto no hace que me resulte más fácil dejar que se lo lleve el agua.” (Didion 189)*

Dejar que se convierta en una mochila a medio tejer

Dejar que se convierta en algo que escribí una vez

Dejar que se convierta en un par viejo de zapatos

Sé que debo ir a la celebración, sé que, como esta, otros momentos vendrán sin intención de dañarme y aun así traerán de su mano el flagelo inmenso de señalar el paso del tiempo. Por eso estas ocasiones me empujan a hacerme las preguntas que generalmente prefiero no hacer. ¿Quiero encontrar aquellos pasos que perdí cuándo murió? ¿Quiero dejar que los zapatos naranjas vuelvan a ser solo eso, un par viejo de zapatos?

Finalmente, aquellos zapatos naranjas me llevaron en la tarde a la fiesta, la cual se dejó desenvolverse sin mayor complicación hasta bien entrada la noche gracias a que, por un lado, fue Carlos Alberto, mi hermano, quien se dedicó a cocinar y a organizar todo mientras yo colaboré sin mucho entusiasmo a repartir la comida. Por el otro, porque con Carlos Fernando pese a tener tan poco en común, compartimos un lamentable talento para alargar el sopor de la tristeza sin mayor queja, hasta que de repente los detalles más pequeños, cual aguja, revientan el globo insoportable. En esta ocasión, la aguja que rompió la tensión vino con el pastel de cumpleaños. Tras cantar, algún irresponsable le pidió unas palabras a Carlos y cómo era de esperarse éstas no pudieron sino acabar en un llanto colectivo.

No sé cuantos minutos de mocos, lágrimas y silencio compungido se adueñaron de la mesa, hasta que me dio por balbucear con voz mucho más cortada de lo esperado “Hay que celebrar la vida”. Afortunadamente, la frase de cajón, no por ello menos cierta, que me dijo mi jefe en su momento no se me despegó y, sin creerla del todo, fue suficiente para volver a enrutar la celebración. Espero que la hayan terminado de celebrar bien, porque yo no pude acompañarlos en la rumba de aquella noche. Nuevamente, como todo el año, he podido usar a Canela como excusa perfecta. Es verdad que ella tiene en la piel algún tipo de alergia, aunque también es cierto que en esa enfermedad me he excusado yo para no dar explicaciones sobre mi reticencia y mi casi alergia a las celebraciones.

Con el tiempo, esta idea de alergia, de una incomodidad extraña cercana a la urticaria me sirvió para entender la relación entre la felicidad y el duelo. No solamente no me estaba permitiendo participar en esos momentos de felicidad tradicional tan propia de las ferias y de las fiestas de nuestro pueblo, sino que además estaba atorado en una tristeza cercana a la envidia. ¿Qué razones tenía yo para celebrar? si había perdido mi madre y con ella mi estabilidad. Esa ausencia de estabilidad era la que saltaba a mis ojos ante la más mínima manifestación de celebración.

**Enero.**

### **Enfermo que come**

Llevaba un par de meses construyendo una “tiny-house” en una depresión natural del suelo en la parte superior del terreno de la finca. Un espacio rectangular de poco más de 20 metros de largo, que sigue en paralelo la línea de la cerca de púas, coronada por eucaliptos viejos y enormes y que, gracias a ellos, se encuentra cubierta por un tapete anaranjado natural. El espacio tiene una sensación de calidez y es un rinconcito con cierta independencia frente al resto del terreno, característica que bien aprovechada, puede ser un punto a favor muy atractivo para el proyecto.

Incluso en el estado lamentable en el que se encontraba, tanto de humor como por su salud cada vez más apocada, Gloria no pudo evitar dejarse llevar por la emoción cuando con calma y de a pasitos quebrados fuimos los dos desde la casa vieja ubicada en el centro del terreno al rinconcito de la construcción. Pasamos primero por el árbol donde enterré las cenizas de su padre, no muy lejos de donde pienso enterrar las suyas y caminamos después los cincuenta metros que nos separaban del proyecto.

Algo intranquilo la acomodé al lado de un palo, que alguna vez fue parte de una cerca, para que se sostuviera mientras le mostraba la estructura piramidal del módulo y con particular entusiasmo le mostré la pared lateral de la estructura que se abre casi completa de manera perpendicular a la construcción y se sostiene con dos estacas que espero algún día sean hidráulicas, para revelar un interior acogedor forrado en machimbre de pino. Después de repasar cada aspecto del proyecto, con la misma felicidad que debí repasar los primeros dibujos que pegó en la nevera, caminamos hasta el borde del terreno de la finca, debajo de los pinos y seguimos por la cerca de subida hasta llegar a la esquina del predio.

Podíamos devolvemos por donde llegamos o muy a nuestro estilo, salir por el camino más difícil posible, una rampa de pasto muy resbalosa y bastante empinada. Así que, con calma y entre sustos, tratamos de no caernos mientras, para espantar el miedo, le explicaba los costos de la construcción y el préstamo de libranza que fue necesario para poder financiarla. Pero a mitad de camino, justo después de culminar la estresante subida, ella me interrumpió para contarme sus planes. Dio un vistazo altivo a toda la propiedad, sentenció que le gustaría tener buganvillas por acá y poner otra entrada por allá mientras, víctima de su imaginación, no pudo sino cerrar sus ojos secuestrados por el llanto. Noté que estaba fatigada tras los pocos minutos de caminata, pero aun así le rogaba entre jadeos a un dios que hacía años no le oía invocar, para que le diera un poco más de vida para poder ver sus ideas tomar forma en su pequeña finca familiar.

No hablamos más de camino a la casa. Sus arrebatos de tristeza y desesperanza resultaban mucho más fuertes al nacer como subproducto de algún destello de felicidad, pues lo agarraban a uno sin la prevención propia y la preparación mental con la que por ejemplo se llega al consultorio, a enfrentarse a una nueva serie de diagnósticos cada vez menos prometedores. No hay tiempo alguno para prepararse cuando un enfermo revienta de repente en

lágrimas ante un caldo de costilla que no puede tragar o ante el esfero que no se deja agarrar para intentar si quiera firmar algún documento.

A dios ella no lo volvió a nombrar por mucho tiempo, aunque en sus últimos delirios de lucidez pudimos descubrir que creyó que el rito ocultista de los santos óleos fue ni más ni menos que una visita angelical. Valió la pena recibir al viejo cura del barrio. De hecho, fue un reto personal aguantarlos a él y en particular a su viejita escudera, un tanto extrañados del lecho mortuorio de cobijas floreadas en el que deliraba aquella vecina que por décadas nunca fue a la iglesia a tres cuadras de distancia. Al ver que llegaron tuve que correr a llamar a mi madrina y a la peluquera, amigas entrañables de la casa y las únicas personas que yo conocía podrían seguir el coro espiritista de rezos y repeticiones que componen aquel ritual.

Por otra parte, dado que yo no quería traer a colación el tema de la muerte, durante un buen tiempo, tampoco le recordé al creador ni a su ruego divino en Guasca, pero con el avance de la enfermedad vino uno de los capítulos más devastadores e incapacitantes de la convalecencia. Lo que por meses y casi años habíamos pensado era una simple irritación gástrica propia de la edad y que le comenzaba a incomodar al recibir ciertos alimentos, se reveló como el síntoma de un cáncer afincado y de gran tamaño que, haciendo las veces de tapón, se le cruzaba en el camino a la comida y que, en un punto de su padecimiento, llegó a tenerla días enteros sin probar bocado por más que le insistiéramos, entre lamentos, para que se esforzara en la tarea de tragar. Ella, quien me enseñó a cocinar, a comer lo que me dieran en casa ajena, a agradecer así no me gustara y en caso de que me ofrecieran a repetir, de repente no podía siquiera pasar un bocado.

Pero no fue solo por eso por lo que me resultó devastadora su imposibilidad de comer. Cuando pienso cómo fue mi relación con mi madre, me imagino algo así como el diorama de una guerra con distintos puntos blancos en los cuales nos permitimos treguas significativas. La comida, sin duda, sería uno de esos espacios de tregua. Muchos pensamos igual. Mi hermana tiempo después de la muerte de mi mamá, me pidió un arroz con leche, para recordar cómo sabía él de ella. Le supo igual o eso me dijo para contentarme, no importa. Recuerdo mirarme las manos ese día en secreto, preguntándome si ese sabor ya lo tendría antes mi comida, cuando ella aún vivía o si se habrá traspasado a mí con su ida como una habilidad solo digna de ser aprehendida ahora que me hallaba más cercano a la muerte.

Como no hubo muchos momentos, apenas los suficientes, para profesarnos amor a lo largo de nuestras vidas. La comida fue un eje central porque era uno de esos espacios aptos para reconocer el sentimiento en los ojos del otro y despedirnos al final con un abrazo afectuoso. Construimos nuestro propio lenguaje que cifró un enorme cariño marcado por el conflicto natural que producía el vernos reflejados y reconocer nuestros propios defectos y molestias en las del otro.

Quisiera recordar con tristeza nuestra relación tormentosa; quisiera arrepentirme de ello, pero siempre que lo pienso, lo que vuelve a mí es el recuerdo de nuestro lenguaje hiriente, plagado de ironía y groserías arrojadas desde una altura arrogante de menosprecio hacia los demás. Recuerdo que un día, hace años, saludé a mi amigo Oscar y él en ese mismo momento notó mi enojo. Me preguntó qué había pasado y, como sabía que venía de estar con mi mamá, preguntó

con preocupación honesta si todo había salido bien. Yo le dije que no era nada, simplemente eran nuestras profundas diferencias filosóficas que chocaban y él, honestamente interesado, me preguntó más acerca de esas diferencias. Yo le contesté enojado; “pasa que ella es una hijueputa y yo también”.

Quisiera recordar por qué peleamos aquel día, quisiera también arrepentirme más de ese chiste, así como de no haber sido mejor hijo, pero quizá con cierta mediocridad de fondo, la noción de no haber sido terrible me basta para que una risa lastimera no me abandone al recordar nuestros altercados. Peleas que tuvieron sus treguas en ciertos espacios en que tácitamente no discutíamos los temas que sabíamos de antemano, nos iban a molestar. El cine y la comida. La lectura podría haberse sumado, pero yo nunca logré el nivel de ella para seguir sus tertulias. Ella quien acababa novelas en una semana mientras que, a mí, una compilación de cuentos aún me toma meses. Qué podía pronosticar cuándo el final de un libro me iba a disgustar y se reía sonoramente cuándo, confirmando su pronóstico, veía a la Vorágine volar por la sala y estrellarse contra la pared.

Podíamos ver películas con total tranquilidad debido tanto a la imposibilidad práctica de discutir estando sentados dos o tres horas en la sala, como a nuestro gusto compartido y ceremonial por el cine y, en particular por las películas que a nadie más en la familia le generaban interés. Un combo completo era ir a ver cualquier película de cine arte en Avenida Chile, pues era cerca de la casa, películas curiosas de directores que ni reconocíamos ni pretendíamos conocer pero que nos servían como vía para discutir, en el camino de vuelta a la casa, cualquier tipo de tema, estética, política, ciencia, vida. Un camino feliz que duraba hasta que invariablemente, de una u otra manera, ya llegando al apartamento la conversación se devolvía a nuestras diferencias y llegábamos a la casa con una extraña combinación de enojo con el otro y satisfacción por la velada.

Habríamos podido devolvernos en taxi y limitar la discusión, pero sé que en el fondo a ambos nos gustaba compartir de esa manera siempre en el límite de la pelea venidera. La pregunta acerca de por qué tampoco peleábamos al comer se responde sola, pero vale la pena decirlo. Por un lado, disfrutábamos comer rico, con el mismo gusto, y por el otro, no nos permitiríamos discutir con la comida en frente. Razón por la cual nos daba tanto fastidio las reuniones familiares más amplias en las que la pelea le ganaba tarde o temprano a la comida.

Pero ella, ahora enferma, ya no comía, no pasaba las frutas que tanto amaba, no pasaba los suplementos alimenticios imposibles de encontrar —pero necesarios para que no decayera—, no pasaba su comida medicada. Incluso intenté cocinarle los mismos menurjes de hospital, pero con algo de sazón, cuando su falta de apetito se volvió inmanejable. Trataba de hacer comestible la comida de hospital que ambos detestábamos y, atemorizados, todos le recordamos, al comienzo en broma y al final con desespero, el adagio popular según el cual enfermo que come no muere, pero ella no comía y con cada plato que devolvía intacto un escalofrío coordinado nos recordaba a todos que ya estaba más allá que acá.

Volviendo a nuestro paseo en la finca, aunque tardé semanas en recordarle con altanería su ruego a dios; en una de mis últimas discusiones con ella, rumié su comentario, pensando y dándole demasiado valor a un asunto que quizá ella mencionó de paso. Cuando tuve la

oportunidad, le recordé lo obvio. Si quería sobrevivir tenía que dar de sí un poco más, intentar comer por poco que fuera. Esa nueva oportunidad que pidió al aire de Guasca no le llegaría si se daba por vencida. Incluso llegué a decirle con inmensa ingenuidad que estaba viviendo la oportunidad solicitada en ese preciso momento. Cada segundo que pasaba sin hacer el esfuerzo por comer era otro maldito momento que dejaba pasar para poder sembrar sus buganvillas en Guasca.

La noche de mi altanería me recibió unas cucharadas extra, más por molestia que por otra cosa. Casualmente esa misma noche hablamos con un médico amigo de ella quien, con una claridad impecable, me hizo sentir idiota a niveles que no creía posibles. Nos recordó que, si la cosa fuera a mejorar por comer, una sonda habría dado con el chiste, pero que con el panorama de su muerte inminente e innegociable lo mejor era sencillamente dejarla hacer lo que quisiera o lo que no y no obligarla a pasar un bocado que no la iba a sanar. No es que no lo supiera, pero nunca me pareció tan obvio que los enfermos se mueren. Incluso los que comen.

## **Febrero.**

### **Crisis**

Sin suerte puede incluso ser mañana. En el peor de los casos, un incendio, una herida mal cuidada o en un carro a más 100. En el mejor, un paro fulminante e indoloro en mitad de un sueño arrullador quien sabe cuándo. Aunque si tan solo tengo algo de suerte y me ubico juiciosamente entre los promedios, moriré como de ochenta de una enfermedad terminal, que desencadenará una serie de vericuetos y complicaciones que pese a las siglas médicas y los tratamientos finalmente acabaran con mi existencia. Acechando en ese último escenario tan posible, hay un periodo que ahora me aterra. La distancia entre el diagnóstico y la crisis.

Este es el espacio de tiempo en que las posibilidades ominosas comienzan a conquistar el día a día del enfermo y de sus cuidadores. En mi caso, este era el espacio de tiempo en que tendríamos que avisar a la familia, principalmente a sus hermanos; el espacio de tiempo en que tendríamos que traer de vuelta a mi hermana del sur porteño que de repente parecía estar mucho más lejos; el espacio de tiempo en que habría que, como se dice, organizar las cosas. No lo sabía en ese momento, pero era el espacio de tiempo que le quedaba a mi mamá para seguir siendo funcionalmente mi mamá, la enfermera, la amiga, la tía y pasar a ser, exclusivamente, la paciente.

Un amigo de ella, médico especialista del hospital donde mi mamá trabajó toda su vida, sugirió esperar a que Carlos y yo estuviéramos presente para confirmar el diagnóstico. Al salir del consultorio, mi mamá, madre soltera, esposa de un alcohólico, la única mujer de 6 hermanos y sobreviviente de cáncer, quien nunca se había quejado de su destino, se dejó caer en la pared del pasillo completamente vencida. Habrá visto el cielo cuando con los ojos aguados miró a las láminas del techo envejecido de su hospital y entre lamentos, se derrumbó desanimada en nuestros brazos. No quería repetir la lucha que tanto le había costado años atrás. Nunca la habíamos visto derrumbarse de esa manera y ante esa visión, Carlos y yo cruzamos una mirada muy asustada previendo un destino complejo.

Al día siguiente de que nos confirmaron el diagnóstico, llamé a mi mamá en la mañana para ver cómo seguía y ponerme a disposición de ayudarle con los trámites. Cuando me contestó, me di cuenta de que hablaba extraño, le dije lo que ella ya sabía y que en un par de horas le confirmarían en su hospital. Un accidente cerebrovascular, producto de la coagulación alterada que genera el cáncer, madrugó para acortarnos el espacio entre el diagnóstico y la crisis a solo una noche de mal sueño. Cuando colgué, bastó que en mi apartamento me preguntaran si todo estaba bien para llorar a mares sobre el desayuno, completamente convencido de que mi mamá moriría pronto.

La vi hasta el día siguiente, ya en la camilla, ya las medicinas y la comida sosa. Ella que siempre supo comunicarse y no se quedaba callada. Estaba ahora relegada a la camilla y a un papel y lápiz, pues muy poco se le entendía. Cada compañero de trabajo que llegaba a saludarla era otra razón más para molestarse pues nunca quiso que la vieran disminuida, por lo que intentaba acortar la conversación. Cuando entró la fonoaudióloga, sonriendo, saludando y hablando duro a la habitación, traía una serie de tarjetas plásticas con dibujitos como para

párvulos que ondeaba con saña en la cara de mi madre, exagerando los gestos para que ella los repitiera. Quizá estuvo media hora en la habitación enfocada en su misión de convencer a mi mamá de que cada tanto tiempo hiciera circuitos con la lengua, a ver si conseguía hablar bien antes de que el cáncer en páncreas e hígado o la sobrecoagulación la mataran. Malparida.

En esos momentos todos lamentamos que la crisis hubiera llegado tan temprano. Sin embargo, poco después del funeral, estuvimos de acuerdo en que la severidad con la que atacó la enfermedad apenas fue descubierta, nos ahorró meses y quizás años de una degradación lenta y dolorosa. Empezando con mi abuela, su madre, numerosos son los relatos de otros muertos cuyo camino de salida fue más miserable aún. Por lo tanto, el que para mi mamá la tortura fuera menor, resultaba en alguna medida reconfortante.

Para escribir esto, investigué sobre el diagnóstico y el declive. Sin embargo, me llamó la atención la información acerca de la idea de *crisis* en sí misma. Un concepto precisamente nacido de la medicina, que habiendo sido usado por Galeno e incluso Hipócrates, solo hasta el siglo XIX entra al lenguaje común para señalar el destino necesariamente funesto de los acontecimientos en distintos aspectos de la vida. Parece ser que, para la medicina de antaño, desprovista del afán clasificatorio de la ciencia y de los glosarios médicos que se añejan en la observación cuidadosa del sufrimiento humano, lo importante no era el diagnóstico como tal, sino el pronóstico. La crisis representaba entonces el momento en que los síntomas llegaban a tal punto que el médico podía pronosticar, con algo de certeza en el tiempo, la llegada próxima de la recuperación o más pertinente aún, de la muerte del enfermo.

En ese sentido, pese a que logró sobrevivir unos cuatro meses, la enfermedad de mi mamá no fue sino una crisis constante. Una crisis que, para quienes estuvimos a su lado, se vivió como un gran y penoso desfile. Un desfile de mi mamá por entre consultorios, hospitales, salas y exámenes. Un desfile de variopintos profesionales jugando a la prognosis, llevándonos a una esquinita para recordarnos constantemente que en la etapa IV la tasa de supervivencia al cáncer de páncreas es menor al 5%; al 3%; que es muy muy baja; que debido al grado 3 lo mejor era enfocarnos en los cuidados paliativos, qué sí si sabemos qué significan los cuidados paliativos; que si está en cuidados paliativos para qué la trajo a urgencias.

Era de esperarse, hay un impulso natural por preocuparnos por el tiempo cuando la cuenta es regresiva y el tiempo es solo restante. Por eso esa crisis tan corta, en su momento se sintió tan larga. Las quimios las comenzamos casi seis semanas después de su primera hospitalización, una eternidad que en nuestro sistema de salud es un abrir y cerrar de ojos; y eso que nos demoramos. El fin de año, varias recaídas y la burocracia administrativa de la EPS, se nos atravesaron en el proceso. En la clínica, la administración de la quimioterapia no habrá tomado más de medio día, pero ella tuvo que andar con una bomba en forma de manzana conectada a la sonda y por esta vía, al corazón, hasta que el aparato vacío asemejó entonces una manzana a medio comer. Mi mamá, bella, blanca y pelinegra, que siempre se me pareció a la blanca nieves de Disney tenía ahora su propia manzana envenenada.

Un par de semanas después de su primera ronda, que fue su última, visitamos al oncólogo, quien tenía que autorizar la siguiente dosis. El doctor Godoy, tiene su consultorio cerca de la clínica Marly. El consultorio es una oficina muy pequeña que, pese a tener un buen ventanal

resulta sumamente agobiante, una cantidad inexplicable de títulos y grados en varios idiomas plaga sin mucho orden la pared que preside el espacio como vomitando todo el magisterio y la preparación del médico sobre las pacientes que vienen a verlo, yo siempre quise tener una pared con mis títulos enmarcados en ella hasta que conocí esa oficina.

El doctor Godoy es muy amable y por ser tan amable siempre se le alargan las citas. Entonces el desfile de mujeres mayores que, no obstante estar muriendo, se sientan a esperar por horas a su puerta resulta nefasto y a mi parecer imperdonable. Un cuadro que fue mucho peor aquel día que llevaba en silla de ruedas a mi mamá, quien de entre las pacientes, ahora se veía ganando la carrera por el cementerio, recibiendo las miradas penosas y temerosas que por tantos años ella misma les devolvió a muchas de las presentes en aquella sala. El doctor la miró, le habló duro y sonriente y le dijo que la veía bien. La veía bien. En silla de ruedas, hablando a medias, con la cabeza desviada sin fuerzas para sostenerla siquiera, sin poder ser comprendida, con un brazo hinchado al doble del tamaño y la mirada gacha, torcida y calva, mientras firmaba tanto la orden de la siguiente quimio como una orden de cuidados paliativos, el doctor le dijo que la veía bien. Malparido.

Desde la primera hospitalización y hasta qué mantuvo alguna movilidad, no hubo un día en que mi mamá no insistiera en ser arrimada al baño para meter la cabeza bajo el grifo del lavamanos para mojarse directamente la nuca con agua fría, quedándose un buen tiempo a merced del chorro refrescante. Creo recordarla diciéndome que si por ella fuera pasaría sus últimos días en una piscina o metida en la alberca, pero el cateterismo cardiaco que, no acabó de implementar la quimioterapia para la que se le puso, nos impedía siquiera soñar con la posibilidad de meterla en el agua.

Tenía una constante sensación de calor y sopor que le producía un fastidio solo controlable por aquellos periódicos e impredecibles chorros de agua fría. Que eran también impredecibles porque si a las 3 de la mañana el calor la agobiaba, quien la estuviera acompañando tenía que despertarse, desconectar el catéter, levantarla y llevarla pasito a pasito hasta el lavamanos, para que así ella pudiera descansar al menos unos veinte minutos más, antes de que despertara de nuevo al rato para ir a orinar o hacer gárgaras o a veces, simplemente, para hablar de algo, por ejemplo, de su miedo a morir.

Por esa razón, le encantaba ducharse y hasta pocos días antes de su muerte, pese a toda la parafernalia involucrada en la operación, continuaron duchándola a veces por hasta 20 minutos y creo que en esos operativos complejos que llegaron a necesitar hasta tres personas fue donde arrojó sus últimas risas. Todos participaron en un momento u otro de sus duchas, sus hermanos, sus cuñadas, las enfermeras, incluso mi exnovia, todos salvo yo. No pude ducharla ni una sola vez ni tampoco ayudé a mucho más que alistar su toalla durante los más de tres meses de convalecencia. Por alguna razón la idea me remitía demasiado a la fragilidad que la dominaba, me preocupaba resbalar, me preocupaba romperla, me preocupaba quedarme restregando su cuerpo mojado e inerte en la ducha y que se le fuera la vida por entre el sifón.

Me preocupaba que se me volviera a caer. Al inicio de su convalecencia, mientras iba perdiendo de a poco la movilidad, hubo dos veces en qué resbaló por mi culpa. La primera fue

al lado de su cama y terminó afortunadamente en risas, pues mientras le acomodaba las babuchas perdió el equilibrio y en un instante terminó rebotando sobre el colchón.

La segunda vez que se me cayó es la que me atormenta, la enfermedad estaba más avanzada, había salido con ella a acompañarla en la autorización de su quimio. Salió de mi mano caminando lento pero firme, para cuándo llegamos a las oficinas de Compensar no podía ni siquiera bajar del Uber por su cuenta, por lo que la tuve que abrazar en el trayecto hasta la puerta, en donde no se me ocurrió pedir una silla de ruedas y en donde el guardia nos mandó a hacer la fila de nuevo. Tan maltrecha se veía que una mujer indignada con la escena ordenó al guardia que trajera una silla de ruedas para que entráramos de inmediato y él se fue sin chistar a buscarla, pero yo tenía ya que sentarla o se iba a desvanecer, la acompañé para que mientras tanto sentara en una baranda cercana, pero a medio camino de la flexión sus piernas no le respondieron y su cola cayó sobre el cemento sin que alcanzara a agarrarla antes del golpe.

Lanzó un ¡Aú! Profundo, largo y ahogado mientras su cabeza ingobernable se le fue hacia atrás, el dolor y los madrazos sí se le escuchaban clarífcos. Y aunque el golpe en realidad fue pequeño, el sonido seco que produjo bastó para que me dolieran sus hernias, sus 57 años, me dolieron sus 2 cesáreas, su histerectomía y hasta los dos abortos espontáneos de quienes no fueron mis hermanos, me dolió su cáncer y me dolió tanto ese golpe que me acaba de doler la espalda baja.

Una vez con la silla de ruedas, comenzamos a hacer el desalmado desfile que le espera a los usuarios del sistema de salud siempre que van a usar los servicios por los que pagan, de la recepción nos enviaron al piso dos, del dos al cuatro y allí nuevamente a la recepción porque no sabían que era la siguiente que teníamos que hacer, hubo un punto en qué me tocó dejarla en el piso 3, con los frenos de la silla puestos, aguardando el llamado para unos exámenes de sangre mientras yo hacía otra fila en el dos sin poder dejar de imaginarme que en cualquier momento alguien se la podía llevar.

Nos habremos tardado unas cinco horas en volver de la jornada, yo llegué más viejo y ella llegó más muerta. Todos en la casa concordamos en que la madre que saqué en la mañana fue una y la que volvió en la tarde era básicamente otra. Esa tarde descubrimos con pánico que algo tan leve como salir por unas horas literalmente la consumía, la agotaba casi hasta el desmayo, de hecho, no entró caminando sino que tuve que cargarla medio dormida desde la silla del carro hasta la cama, como tantas veces ella había hecho conmigo de pequeño.

Por todo eso no la bañaba, para mí bañarla era como reconocerle que se estaba muriendo y me costaba hacerlo. Hasta el último momento me costó demasiado, incluso cuando un par de días antes de su muerte entendió que las visitas estaban escalando mucho por entre las ramas del árbol familiar y con los ojos abiertos como platos saludó a la primera esposa de su hermano mayor, a quien no veía hacía lustros, para inmediatamente preguntarme ¿Me estoy muriendo?

No fui capaz de decirle lo que debí haber dicho en ese instante. Si mamá, estás muriendo, pero acá estaremos todos contigo hasta el final. Así como casi nunca le dije que la amaba y me limitaba a verla a los ojos y reconocer el sentimiento mutuo, le menté con mis ojos igual de abiertos a los suyos y dejé que leyera la verdad en ellos pues no era ninguna pendeja y solo

preguntaba para confirmar lo que sabía. Le dije que viviría mientras le pasaba a mi hermana los números de policía a los que había que contactar para hacer el levantamiento. Mientras llamaba a sus hermanos a matar sus expectativas y decirles que me sorprendía que aún siguiera con vida. Le dije que viviría la misma semana que confirmaba que tuviera seguro funerario. Malparido.

## **Julio.**

### **Diario**

El 11 de abril de 2020 escribí la penúltima entrada en un diario que no llevo con mucha rigurosidad:

“Hoy mi mamá me vino a visitar tras más de 20 días de cuarentena, hoy se confirmó la muerte de dos médicos por COVID, me preocupa la salud de mi madre.”

El 5 de marzo de 2021 escribí la primera entrada de ese año:

“Mi mamá ha superado la primera crisis de su enfermedad terminal”

El 29 de marzo del mismo año escribí:

“Aproximadamente las 11:20 de la noche mi madre murió en su cama (la de lulo), en su casa, ante la vigilia de sus amados.

Yo no estaba allí, Luisa me llamó a las 12:37 llegué a las 12:58.

Aún estaba tibia, horas después cuando se llevaron el cuerpo, aún estaba tibia, cuando me acosté en su cama aún estaba tibia, cuando me desperté, todo estaba frío.”

El 20 de abril escribí:

“Aún es abril, no han pasado aún 30 días de la ida de mi mamá, llamémoslo muerte porque de irse no se fue a ningún lado, sus cenizas están en la sala”.

Anoche me desperté llorando, me acosté pensando en ella entre sollozos y en sueños me hablaba sentada, bella y tranquila. Me preguntaba sobre lo que íbamos a hacer ahora, pero yo sabía que no íbamos a hacer nada porque ella ya no estaba conmigo, me conforta pensar que donde pudiera verme me estaría regañando por mi pasividad y mi tristeza, solo me queda ahora vivir esperando honrar su memoria y sintiéndola como metida en el pecho. La extraño mamá.”

El 29 de abril escribí qué ya tenía una respuesta a la pregunta de mi madre, “hacerla orgullosa.”

## **Diciembre.**

### **Merengón y fresas con crema**

Al igual que muchas otras personas a las que se le dificulta acatar la autoridad, abrigo un total desprecio por la idea de *tener* que hacer algo, de verme obligado a. Tener que hacer las tareas, tener que lavar la loza y tener que restregar las medias en el lavadero se encuentran dentro de este conjunto de actividades aborrecidas y están dentro de las primeras cosas que detesté de niño, sin mayor excusa que el fastidio producido por la obligación de ocuparme en algo distinto a lo que fuera que estuviera haciendo.

Eso sí, mi madre rápidamente aprendió a identificar ese asomo de desafío en los ojos de su hijo y también a aplicar un par de sopetones bien medidos cuando aquella seña de resistencia llegaba a ofenderla. Por lo que tan solo el ademán de la reprimenda era suficiente para llevarme a hacer la tarea solicitada.

Entonces en poco tiempo aprendí a fingir, a esconder aquel tedio supremo y más bien, para evitar desencuentros, hacer de afán la labor impuesta por la providencia para poder salir rápido del asunto. Sin embargo, conforme la edad me fue dando autoridad, fui dejando de interpretar ese papel y aún hoy, en distintos escenarios, hay muchas cosas que sencillamente me rehúso a hacer o dejar de hacer, así más de una vez me hayan dicho que tengo qué, es más, el *tener* que hacer algo es en general el mejor disuasor de mi productividad.

Si no me nace, mi saludo no es más que un leve gesto y un bufido ahogado. Por eso en redes no le antepongo el “buenos días” a ningún mensaje, ni tampoco le pregunto a la gente al contactarla por asuntos de trabajo o de estudio ¿Cómo están? a menos que realmente me importe saber cómo están, lo que no es común, pues como la mayoría de las personas, en general me importa un bledo. Si puedo mantener la interacción dentro de los límites de la eficiencia, eso sí, sin ir a afectar sensibilidades, por mí mejor.

Tampoco suelo quedarme callado y he aprendido a usar el sarcasmo como herramienta para poner contra las cuerdas la lógica deficiente al enfrentarme a discusiones con personas de mayor rango, edad o jerarquía. Aunque cien veces me digan antes de entrar a la reunión que debo callar, alguna estupidez bien plantada basta para hacer las veces de disparador de mi lengua que suelta en esos contextos parece bífida.

Detesto también todo lo relacionado con la obligación de asistir a celebración alguna y más aún, la consecuente necesidad de fingir un estado de ánimo acorde a la celebración impuesta. Tristemente, como integrante de una familia compuesta y bien extensa, era apenas natural que mi madre me informara que “tenía que ir” a la casa de algún pendejo solo porque estaba de cumpleaños su hija, su abuela o su perro.

Esos eventos me ponían en una situación incómoda pues nunca tuve memoria para recordar los nombres, ni para felicitar a los familiares o las personas que no hicieran lo mismo conmigo y aunque algún asomo de censurable envidia o interés explica esa reticencia, no es el único elemento detrás de mi actitud, pues de igual manera me parecía censurable que me arrastraran

a darle el sentido pésame a algún familiar nebuloso en razón de la pérdida de un pariente que ni recordaba.

Dentro de ese asunto del tedio por la celebración o la ceremonia impuesta, destaco sobre todo el festejo de la navidad. Aunque con ese sí que puedo identificar, sin lugar a dudas, un tema de envidia que no me avergüenza compartir. Siendo el mayor de 7 sobrinos del lado materno que se criaron conmigo, las primeras navidades marcaron mi ideal respecto de esas fiestas. Aún tengo recuerdos lejanos de las festividades en dónde Camilo, Andrés y yo, los primos mayores, nos ubicábamos en medio de la reunión enfocados desde el punto de la media noche en abrir docenas de regalos y anunciar en voz alta los nombres de los afortunados que, cómo era de esperarse, muy rara vez no era alguno de nosotros tres. Los recuerdos de esos momentos se me antojan eternos y llenos de cariño, pues mis cinco tíos en mi niñez temprana se esforzaron por ocupar a su manera el papel que César no fue capaz de desarrollar, tanto con sus mimos en el día a día como mediante sus detalles en celebraciones como esas.

Entonces, como le decía mi mamá a cualquier persona que quisiera escucharle su cuento, se encargaron de criar un chino muy consentido y no le faltaban ni razón ni culpa en esa afirmación. Un chino que rápidamente sintió como el foco de la atención se desviaba conforme iban naciendo mis primos y qué hoy ubica el germen de la tirria que le generan las navidades en ese desplazamiento de la atención recibida.

Después entendí que no fui solo yo quien sintió aquel desplazamiento. Los delirios de la adolescencia hicieron su parte para que mis tíos, quienes hasta el momento habían intentado hacer las veces de padres con la mejor de las intenciones, sintieran a su sobrino rebelarse de su mandato y como yo, pero treinta años mayores, no tardaron en ofenderse y encontrar mi actitud e incluso mi proyecto de vida como un asunto de afrenta personal.

Recuerdo que en lapso de tan solo unos meses las reuniones familiares se convirtieron en una suerte de sesión de coaching no pedida, dirigida a mi madre y a su hijo de parte de sus hermanos. Un seminario acerca de cómo tratar al joven en que me estaba convirtiendo, basados en quien sabe en qué iluminación divina pues ninguno de ellos había tenido entonces aún que soportar las mieles de criar hijos que atraviesan la pubertad.

Pese a ese contexto tenso y al terrible temperamento compartido por la familia, la mayoría de mis tíos, salvo Paúl, resultaron ser padres aceptables. Por lo que su compañía en los espacios familiares para mí significaba tener que ver e imaginar lo que debía ser tener un núcleo familiar tradicional, “funcional”. Tema que en los noventas ni Disney ni las novelas de la tarde habían logrado superar como canon y aspiración de todo lo deseable y puro. Naturalmente, al no poder dirigir el rencor hacía mis familiares, comencé desde pequeño a culpar a aquellos encuentros obligados por la incomodidad que me causaban.

Mi memorial de agravios contra la navidad se termina de completar cuando le sumo los viajes a los que mi padrastro nos solía arrastrar por todo lo largo y ancho del territorio nacional. Como muchos otros niños viajé por horas recluso y retorcido en cuanto espacio lograban sacarle al carro de turno, con la misma atención y delicadeza con que se acomodan las maletas y el mecato. En el huequito para las piernas del pasajero, en el platón de la camioneta, sobre

y/o debajo de las piernas de quien fuera, a veces hasta formando columnas inestables de a tres menores. Pero principalmente, en el espacio que hay entre el vidrio trasero y el espaldar de la cojinería.

Sobre aquel espacio tan funcional tengo muchos recuerdos, pues llegué a compartirlo con varios perros, con aquellos primos sorpresa, tan susceptibles al mareo en carretera, y en par de ocasiones hasta con un ternero; así como muchas otras de las criaturas que pueblan el imaginario del paseo de olla colombiano, como el enorme cerdo que nos comimos el 24, pero que tuvo la decencia de morir de un paro horas antes de ser sacrificado. Aún hoy creo que en verdad murió de sed, pero no podía probarlo.

Valga decir que aquellos viajes siempre terminaban por encantarme, cuando a los dos o tres días superaba el fastidio de tener que viajar solo porque era esa fecha y no otra. Pero pese a que el paseo en sí terminara por agradarme, aquellas horas encerrado en un carro con Carlos al volante eran el caldo de cultivo necesario para las peleas. La música, el exceso de velocidad, el manejar de noche, seguir la ruta ¿Por dónde giro? y los gritos, sobre todo los gritos, hacían del viaje un escenario muy volátil.

Y por encima de todo, me molestaba que no me dejara bajar a comer o probar algo, no recuerdo los cientos de veces que habré iniciado una pelea familiar con base en un merengón o unas fresas con crema. La cosa iniciaba siempre de manera tenue, un, “eso se ve rico”, parecía funcionar como acelerador y precedía a un, quiero comer eso de aquí, o de aquí, o aquí, o en ese o aquel... Ya no quiero ni mierda gracias.

En últimas, nunca logré agarrarle cariño al rito familiar de fin de año, particularmente al 31. porque el 24 aún era posible que se atravesaran algo más que un par de medias como regalo inesperado. Con el tiempo, cuándo ya me acerqué a la poca independencia que llegué a tener sobre mi nido, e inspirado por las culturas que había conocido en otros países menos atados a la casa materna y en plena fiebre wanabé, le planté cara a mi madre y le informé que había decidido no pasar el fin de año con ellos.

Es posible que, si ese día en lugar de decirle eso la hubiera despertado a madrazos, el impacto hubiera sido menor. Sus enojos eran largos y dolorosos, pues si bien ella sabía que no era mi intención lastimarla, a sus ojos eso no disminuía la afrenta. Desarrollaba el papel de víctima a la perfección y lo ejecutaba durante semanas, alargando su sufrimiento en el tiempo para así transferírsele a uno dosificado, controlando la tortura.

Por ejemplo, recuerdo bien cuando le mostré mi primer tatuaje. Tras manifestar su desacuerdo con semejante ofensa al cuerpo, no me dirigió la palabra en un par de semanas, y más que eso, no tuvo contacto físico alguno conmigo como hasta los dos o casi tres meses, hasta cuando sin que yo lo esperara palmoteó mi hombro, y sentenció que el dibujo le parecía feo, antes de eso no me había dado ni siquiera la mano en castigo por mí osadía.

Afortunadamente su rencor por mi ausencia en las celebraciones de fin de año pareció no ser tan terrible como esperé. Para esa época estábamos peleando bastante y la distancia hizo las veces de disuasor. Además, yo coordinaba mi tiempo para pasar con ella al menos unos días

de sus vacaciones, canje que parecía ser la clave para desarrollar mis planes. De esta manera alcancé a tener dos años de buenas vacaciones del rito familiar. El 2018 me encontré en Perú cumpliendo mi ansiada obsesión por hacer el camino Salkantay y al cabo de un año más, el sol del 2019 me cogió bailando en las calles de Cali a la salida de algún antro muy a las 6 de la mañana, con dirección al terminal para agarrar un bus rumbo a Buenaventura, y allí, una lancha para Juanchaco.

Tal como yo, Carlos tenía desde hacía mucho tiempo una obsesión por realizar un viaje en particular. Desde hacía ya varios años nos venía amenazando con la posibilidad de realizar un viaje familiar en carro por Latinoamérica y tras algunos paseos de cierta duración al Ecuador, la amenaza pasó a ser una promesa. Aunque en esa época no tenían ni el tiempo ni el dinero ni el carro necesario para realizar un viaje de esa envergadura.

Sin embargo, con el paso de los años coincidieron una serie de factores decisivos. Los ahorros de mi madre cercana a pensionarse, la capacidad de endeudamiento de mi mamá y de Carlos y su nueva camioneta de estilo narco. Además del hecho de que mis dos hermanas estuvieran viviendo en ciudades distintas de Argentina. Todo esto en conjunto, hizo que lo que antes parecía una idea descabellada se presentaba ahora como una oportunidad de esas difíciles de repetir.

Por eso, finalizando el 2019, la ruta y las fechas ya estaban planteadas. Respecto de lo primero se organizó el viaje para que se completara en un lapso no mayor a dos meses, apartando así unos días de más, tanto antes como después de las vacaciones colectivas. Se definió bajar por la vía panamericana siguiendo la línea de la costa y volver en cambio por las vías principales de los Andes, sobre las montañas. Aunque había varias paradas obligadas como Uyuni, Machu Pichu, el Titicaca e Iguazú, en general era un viaje dispuesto para parar donde nos cogiera el cansancio o la noche, lo que a su vez aumentaba el factor de aventura.

Al comienzo me resistí a acompañarlos porque aquel encierro por semanas en el carro planteaba la seria posibilidad de volver odiándolos. Pero algún amigo finalmente me convenció simplemente señalando que mi tirria por el viaje familiar no superaba mi interés por el viaje en general y menos uno con tanto potencial como aquel. Así que, estrujando mis vacaciones y agenda laboral, coordiné mis tiempos para agarrar un vuelo a Brasil y unirnos cuando comenzaran el trayecto de vuelta saliendo de Iguazú.

Aquel fin de año del 2019 conociendo por todo el continente pueblitos perdidos en montañas muy parecidos al pueblo en que ella nació, fue sin duda el mejor viaje que mi mamá tuvo en su vida, pues pese a sus ansias por viajar y conocer el mundo, con mi nacimiento, ella había decidido dedicarse a mí. Cuando la animaba a que hiciera algún viaje de esos que solo podría hacer una vez en la vida, me decía que lo dejaría para su vejez. Quizá en 2019 mi mamá, tan joven, ya se sintió por fin vieja y decidió viajar. Pocas veces la vi así de contenta. Para cuando volvimos ya solo me quedaría poco más de un año para compartir con ella. Pero en ese año la pandemia me encontró viviendo fuera de la casa materna y, hasta su diagnóstico, no creo que nos hayamos visto más de una vez por mes.

En su primer diagnóstico de cáncer mi mamá esquivó la muerte por muy poco. Una afortunada detección temprana encontró una variante muy agresiva en sus senos que no tenía ni el tamaño ni la madurez suficiente para reportar mayor peligro, por lo que asumió la quimioterapia con entereza y sorprendió a las enfermeras y médicas recibiendo uno de los tratamientos más fuertes y reportando a duras penas las secuelas más leves. No sé si fue la actitud extremadamente positiva con que asumió su situación, pero ella decidió en ese momento no avisarle a sus hermanos, quienes conforme se fueron enterando hicieron todo el proceso más difícil al reclamar por semejante omisión de información.

Por eso, el mismo día que tuve que oír a mi madre hablar sin poder controlar siquiera su lengua la convencí de comunicarle su estado cuanto antes a sus hermanos. El que aceptara tan plácidamente no era sino una señal más del profundo impacto anímico que tuvo en ella un diagnóstico tan negativo.

En la navidad del 2020 la enfermedad hizo las veces de aglutinante familiar, por fin estábamos todos reunidos en la finca en Guasca como habíamos intentado hacerlo antes, siempre con dificultad, y siempre con algún ausente. Incluso hubo de nuevo un montoncito considerable de regalos, eso sí, enfocado en los sobrinos más pequeños que no han parado de llegar. Yo hubiera preferido estar adelantando la quimioterapia en Bogotá o comprando otro frasquito de morfina para que el dolor la dejara de agobiar; yo hubiera preferido estar en cualquier otro lugar, pero para ella esa navidad era algo que tenía que hacer y esta vez, nuevamente fingí estar de acuerdo, porque era muy consciente de la posibilidad de que ella no llegaría a participar en la siguiente.

Y ella también era consciente de eso, quizá incluso estaba segura de que no pasaría un año más, y creo que dentro de los mil demonios que deben atormentar a los condenados a morir pronto, a mi madre le preocupaba, sobre todo, la relación de su hijo con su familia. Un hijo que ya no era el centro de atención y que no quería ni tenía buenas relaciones con la mayor parte de ellos. Creo yo que previendo lo anterior y de manera plenamente consciente, su capacidad de previsión le dio para dejar concertada la primera celebración de navidad después de su muerte.

En un momento de apacible silencio de la noche del 24, cuando ya todos habían comido y los regalos se habían repartido, ella sentenció con voz entrecortada, pero sin asomo de duda para evitar la réplica, que si la vida le daba la oportunidad de estar en la navidad venidera esperaba que todos trajéramos regalos para cada uno de los presentes. Una propuesta necesaria porque el par de hermanos mayores jugando al Grinch decidieron dejar de entregar regalos varios años atrás. Entre murmullos la respuesta afirmativa se posicionó en la sala, mientras en silencio yo pensaba, esta vieja los amarró, pues nunca estuvo de acuerdo con esa decisión que en últimas era injusta con los primos menores.

Pensé todo esto en un momento de tristeza, me había quedado acurrucado, solo en el mueble de la sala, mirando el árbol repleto de regalos y sin darme cuenta me dejé llevar por el llanto silencioso, aquel llanto que hace las veces de lluvia, de río, de limpieza. Aunque no quería que nadie me viera sé que Iván me vio, pero al menos tuvo el tino de dejarme llorar tranquilo. Detesto la navidad, pero esa la detesté más pues la jugada astuta de mi mamá no solo los

amarró a ellos, también me contaba entre los afectados y no me equivocaba, fue desastroso tener que organizar la navidad siguiente, pues no tenía cabeza para ello, aunque al menos esta vez rumbo a Guasca pude parar a comer merengón y llevar fresas con crema.

**Noviembre.**

**Ciruelas**

Sin el olor dulzón  
de las ciruelas en la mesa  
mi madre se pudre en el cuarto.

-

Solo hasta reventar el diente  
noto que continuó su manía,  
dejó las semillas incluso en  
el último tarro de mermelada.

-

Por eso junto a ella  
se pudrían las ciruelas,  
no hacía ya sus mermeladas.

## **Septiembre.**

### **Whiskey**

Gloria Isabel Gamboa Pinilla era una enfermera profesional de 57 años, madre de dos hijos. La muerte la encontró en cama el 29 de marzo de 2021, luego de semanas de convalecencia y tras varios días sin recibir alimento ni responder a estímulo alguno. Aguardó al final sumida en una digna monotonía, relegada en su casa, entre el trayecto de la cama al baño y de vuelta. Una vez pudo librarse del hospital, logró una paz mediada por el ritual de la morfina, los cambios semanales de medicamentos y el consistente desgaste y desmejora.

A diferencia de muchos otros enfermos ella tuvo un acompañamiento constante de su familia, pero por las restricciones en el marco de la pandemia y responsabilidades laborales, académicas, distancias y demás fueron muy pocas las veces que en su lecho hubo más de 4 o 5 personas acompañándola, eso aun contando con que, en sus últimos días, la enfermera, su hija y su esposo vivían con ella. Sin embargo, casi todos los días recibía una que otra visita y miembros cercanos de la familia se turnaban para liderar las labores de su cuidado.

Hasta la llegada de la enfermera, que no llegó a estar dos meses a cargo de ella, las personas que la cuidaban de su familia debieron volverse expertos en servicios básicos de atención al paciente. Las bondades de los cuidados paliativos solo se justifican si la persona recibe una atención mejor que la hospitalaria de parte de sus cuidadores y parece que en el caso de Gloria esa premisa se cumplió.

Administrar los medicamentos con una rigurosidad sagrada, conectar y desconectar el catéter, mantener los mínimos de limpieza necesarios para una paciente inmunosuprimida, recibir a los médicos y enfermeros que venían con regularidad a revisar su evolución y atender sus caprichos con mejor recepción que la que podrían brindar las enfermeras de piso, eran todas las responsabilidades del equipo familiar liderado por sus dos hijos.

Absolutamente nada de eso fue suficiente para que en momento alguno la ilusión de la mejoría lograra siquiera superar la ventana de una o dos horas, siempre que se creía que mejoraba a los instantes, un tropiezo, un sinsentido, un dolor o un llanto aparecían como señales evidentes de la farsa planteada. Gloria moriría pronto.

La enfermedad terminal es como un proceso de decrecimiento constante que redujo a quien hasta hacía meses atrás estaba nadando de a miles de metros en el Neusa a solo el contenedor de un cúmulo de funciones corporales que se van apagando una tras otra con preocupante velocidad. En esa situación administrar medicamentos a alguien es una responsabilidad que genera altas dosis de ansiedad.

Nada resulta más angustiante que darle a un enfermo algo que lo enferme más y en el caso de Gloria el acceso a amigos profesionales de la salud, enfermeras, oncólogos, internistas y demás especialistas hacía que los medicamentos administrados fueran

constantemente revisados, reevaluados, criticados y cambiados acorde al análisis de su evolución que hacían las voces autorizadas pese a que muchas veces estas se entrecruzaban y se invalidaban.

Los hermanos de Gloria mantenían la esperanza en su mejora por lo que me vi en la obligación de llamarlos sin otro motivo que explicarles que yo mismo no entendía como había sobrevivido nuevamente un día más para que se pusieran en situación y entendieran que la próxima visita podría ser la última.

Quizá impulsados por esa alarma se dio la coincidencia que el último día que despertó casi todos sus hermanos y varios de sus sobrinos hubiesen pasado a visitarla. Al ver a tanta gente reunida preguntó con seriedad si estaba muriendo, y ninguno de sus hijos fue capaz de decir nada más que romper en llanto sobre su lecho. Carlos, su esposo, tuvo la valentía de decirle, con una ternura que yo nunca le había atestiguado, que seguramente iba a morir. Su lamento no fue un berrido, sino el quejido doloroso de quien ha sido derrotado en batalla injusta.

Parecía consciente de los lapsos de inconciencia que le dominaban por lo que aprovechó su lucidez, pidió que pusieran rancheras que se pusieron en el televisor que le instalamos semanas antes en el cuarto, pidió Whiskey y Carlos abrió una botella de sello azul que llevaba guardando, sin duda demasiado tiempo, para una ocasión especial. Él le dio el primer sorbo y la onomatopeya del ardor del trago reventó las primeras risas de la noche en el cuarto.

Se despidió con especial cariño de Maira, su enfermera, quien hizo un trabajo excepcional y se desveló las últimas semanas como nadie en la familia podía seguir haciendo ya. Se despidió de su esposo profesando un amor puro por él y se despidió de sus hijos, a mí me dijo que me seguiría cuidando y a Luisa, con quien había discutido días atrás y que de los tres fue quien más duro cargó los últimos días de la enfermedad, le dijo que la amaba pero que no fuera tan pendeja, y también le dijo a su sobrino favorito que dejara de joder, porque así era mi mamá y su amor no le daba para llevarse un disgusto a la tumba.

Yo le di el segundo sorbo de whiskey, y escribo sorbo con inseguridad, pues fue una cucharadita de té que llené con el licor. Antes de tomárselo vi por última vez la esperanza en sus ojos. Por última vez mi mamá habitó su cuerpo y por última vez evaluó sus opciones cuando me preguntó, ¿y si nos equivocamos? El cuarto rebosaba de compañía. En medio de una pandemia global, su familia entera se apretujó en el cuadrado de 3 x 3 que comprendía todo su universo pero que ahora de repente solo nos contenía a ella y a mí, tal y como fue toda mi vida. Pero mis ojos, a diferencia de los de ella, no reflejaban ya esperanza, y respondiéndole con feliz resignación: “pues nos equivocamos” le acerqué la cucharita que ella sorbió tranquilamente. Tragó como pudo y terminó con la mueca que marca el tránsito del licor atravesando la garganta, pero esta vez ni siquiera se quejó.

Al rato salí del cuarto, tenía el capricho de qué conociera a mi novia y traté de convencerla a ella de entrar, pero para cuando volví ya tenía sus ojos cerrados y ya nunca los volvería a abrir.

## Referencias

- Boyer, Anne. *Desmorir. Una reflexión sobre la enfermedad en un mundo capitalista*. Trad. Patricia Gonzalo de Jesús. Madrid: Sexto Piso España, 2019.
- Cercas, Javier. *Soldados de Salamina*. Madrid: Tusquets Editores, 2001.
- Didion, Joan. *El año del pensamiento mágico*. Barcelona: Penguin Random House Grupo Editorial, 2015.
- Helman, Pardo. *He escrito todo mi desamparo*. Bogotá: Editorial Nomos, 2019.
- Lynch, Thomas. *El Enterrador: La vida vista desde el oficio fúnebre*. Alfaguara, 2004.
- Maillard, Chantal. «Alguna vez alguien despierta.» Maillard, Chantal y Piedad Bonnett. *Daniel Voces en duelo*. Madrid: Vaso Roto, 2020. 69.
- Nuland, Sherwin B. *Cómo morimos. Reflexiones sobre el último capítulo de la vida*. Trad. Tomé Camilo. Madrid: Alianza Editorial, 1993.
- Salgado, Andrea. *Six Feet Under*. Bogotá: Rey Naranjo Editores, 2019.
- Sheehan, William y Thomas A. Dobbins. «Bygone Visions of Cosmic Neighbors.» 2002. *Lowel and the Spokes of Venus*. 30 de 03 de 2022. <<https://www.lemmi.no/p/bygone-visions-of-cosmic-neighbors>>.